

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista de

ESPACIO

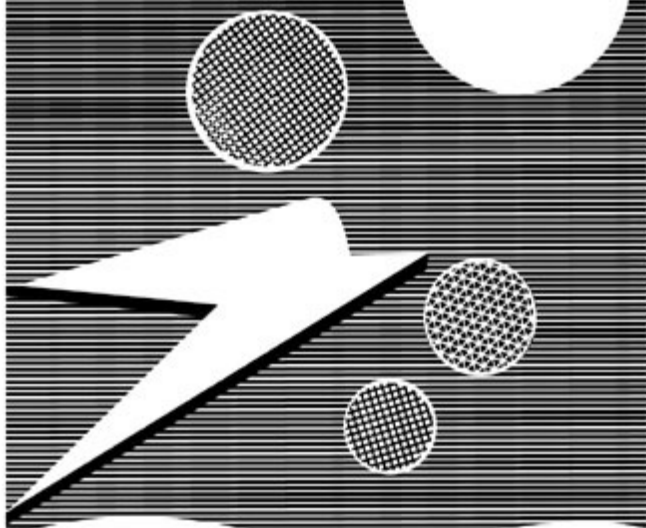
SECUESTRO DE JOVENES

j. chandley

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

131 – Los «agentes», *Marcus Sidereo*.

132 – Robots en el pantano, *Ralph Barby*.

133 – Encrucijada del espacio-tiempo, *A. Thorkent*.

134 – Tras el reino de las tinieblas, *Curtís Garland*.

135 – El cazador de planetas, *Glenn Parrish*.

J. CHANDLEY

SECUESTRO DE JOVENES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 136

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 1.318 - 1973

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: marzo, 1973

© J. Chandley - 1973

texto

© Ángel Badía - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones de la
misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del
autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.
A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1973

CAPITULO PRIMERO

La desaparición de hombres jóvenes y fornidos, al igual que muchachas, estaba a la orden del día.

Se sabía que eran conducidos a un astródromo, para luego perderles la pista.

Las denuncias se sucedían, manifestando los familiares que recibían el primer sueldo, para luego no saber ya más de ellos.

El Alto Consejo del planeta Tierra, comunicó a los jefes de astronautas para que designaran una tripulación capaz de terminar con aquellos raptos.

Tras deliberaciones, se designó al joven coronel Stephen Simson que con su tripulación se había distinguido en multitud de servicios y todos coronados por el éxito.

Le fue anunciada la decisión, poniéndole en antecedentes de lo que estaba pasando y con las órdenes concretas de que se pusiera en acción inmediatamente.

Reunió a su tripulación, ya avezada en varias misiones y compenetrados en todo momento.

Únicamente había una novedad y era que por ascenso de su segundo, habían adscrito a la plantilla de su tripulación al teniente Thomas Cooper.

Tras ponerles en antecedentes, el coronel Simson concluyó:

—Y esto es todo. Como habrán comprendido se trata de una madeja muy enredada en la que se tendrán que atar muchos cabos para luego poderla ovillar bien. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuándo tenemos que partir, señor?

—Inmediatamente que se halle dispuesta la nave, teniente Cooper.

—Esto requerirá algún tiempo, ¿no?

—Trataremos que sea lo menos posible.

Los demás tripulantes sabían que, cuando su coronel se proponía una cosa, no sabían cómo se las arreglaba, pero lo cierto es que lo conseguía.

Stephen Simson era fornido, un verdadero atleta y, aunque en ocasiones se mostraba con dureza, sus hombres sabían que poseía muy buenos sentimientos.

—¿Podría disponer de un par de horas, coronel?

—Teniente, cuando nos disponemos a partir, toda la tripulación, incluyéndome yo en ella, nos dedicamos a la supervisión de la astronave. Así que, sintiéndolo mucho, no puedo hacer una salvedad con usted.

Aquellas palabras no le sentaron muy bien al teniente Cooper,

quien se limitó a contestar con manifiesta sequedad: —Comprendido, señor.

Al coronel Simson no le pasó por alto la contrariedad del teniente, pero no dio la menor importancia al imaginar que se trataría de alguna amiguita. Para sus adentros se dijo que ya tendría tiempo de visitarla al regreso.

Sin contratiempo alguno, se terminaron los preparativos y se dispusieron a lanzarse al espacio en aquella operación de rastreo.

'Ya llevaban un buen rato navegando, cuando el coronel anunció:

—¡Atención todos...! Nos encontramos en áreas sospechosas. Cada cual que cumpla con su misión.

Los componentes de la tripulación fueron confirmando que estaban alertados.

Seguían patrullando por aquella zona extensa sin que se presentara alguna novedad y la monotonía del vuelo comenzaba a pesar entre ellos.

Stephen preguntó, por decir algo:

—¿Algo digno de mención?

—No, señor.

Esta fue la respuesta invariable de sus hombres.

Estaban ya a punto de abandonar aquella área, para fijar rumbo hacia otro lugar, cuando en la pantalla aparecieron tres puntos sospechosos.

Accionó el telescopio sincrónico con el radar y pudo descubrir que se trataba de tres aeronaves sin distintivo alguno.

Éste detalle llamó poderosamente la atención al coronel, quien indicó:

—Observe, teniente.

El aludido así lo hizo y al cabo de un rato manifestó con suficiencia:

—Se trata de tres naves tipo «wholpi» de radio de acción limitado en atmósfera y gran potencial ofensivo y defensivo.

—Eso ya lo sé, teniente. ¿Y nada más?

—Que estamos en una posición óptima para atacarlas y destruirlas.

—Teniente, observo que su inexperiencia le llevaría a cometer muchos errores.

—¿Por qué, coronel?

—¿Se ha fijado en las aeronaves?

—Ya le he dicho sus características.

—Pero ha olvidado algo importante y que si llamara al observador, sargento Tyler, lo diría en seguida.

El teniente se quedó un poco parado y en silencio volvió a mirar por el telescopio sincrónico.

Iba a decirle a la distancia que estaban, velocidad de crucero, cuando cayó en la cuenta de lo que se refería el coronel y un tanto avergonzado, manifestó: —Que no llevan distintivo alguno.

—Exacto, eso es lo más significativo.

—¿Cree usted que se trata de lo que andamos buscando?

—Podría ser.

—¿Y nos vamos a cruzar de brazos teniéndoles a nuestro alcance?

—Pues sí, eso haremos.

—Pero, coronel, con esta oportunidad...

—No olvide, teniente, que nuestra misión es descubrir primero para luego desbaratar la organización. ¿Entendido...?

El teniente se mordió los labios un tanto confundido, para luego asentir:

—Sí, señor.

Se originó un silencio durante el cual centraron su atención en seguir el rumbo de aquellas misteriosas naves.

De pronto dieron un giro brusco, de cuarenta y cinco grados, y emprendieron veloz ascensión hacia la ionosfera.

El coronel comentó:

—Han detectado nuestra presencia y tratan de huir o de atacarnos.

Dio la máxima potencia a los turboimpulsores para mantener la distancia con las naves que pretendían escabullirse.

Navegaban a pleno rendimiento, cuando el observador anunció:

—Coronel, presencia por popa de tres naves sin distintivo alguno.

—Está bien, sargento.

El coronel accionó los mandos y la astronave se estremeció toda por el brusco giro a que fue sometida.

Lo que pretendía Stephen Simson era evitar que los pillaran entre dos frentes.

En principio pareció haber logrado su propósito, pero se vio sorprendido por la presencia de sendas naves por babor y estribor respectivamente.

De ascender o descender en picado, se exponía a que centraran sus fuegos sobre ellos impunemente.

A raíz del primer estampido que se dejó oír y partiendo de una de las astronaves misteriosas, no lo dudó un momento.

Enfiló la que él tripulaba hacia la que tenía más próxima, disparando con todos los elementos que contaba a bordo.

Las consecuencias no se hicieron esperar. La nave misteriosa estalló en el aire y el desconcierto cundió en las filas enemigas por la rapidez y precisión con que actuó el coronel Simson.

Pasados los primeros instantes de sorpresa, trataron de reorganizarse y con la seguridad que les proporcionaba su ventaja numérica, se dispusieron a atacar a aquella nave solitaria.

Pero el coronel Stephen Simson supo sacar buena ventaja del desconcierto que cundió en el bando enemigo.

No les concedió tregua alguna. Otra de las naves corrió la misma suerte que la primera.

Tenía ya a una tercera encuadrada en el visor electrónico y en el momento de accionar los pulsadores de disparo, por una fracción de segundo, la nave misteriosa efectuó un giro evitando con ello el ser alcanzada de lleno.

Aun así, debió de recibir un impacto en algún punto vital, puesto que iba perdiendo altura y maniobrando con lentitud.

El coronel, comentó:

—Esa la tenemos «tocada». Vayamos a por otra.

—¿No la destruimos del todo?

—No, teniente. Mucho me equivocaría, pero ésta no se nos escapa.

Y luego, dirigiéndose a Tyler, le recomendó:

—Sargento, no pierda de vista a la nave averiada.

—Sí, coronel.

Inició la maniobra para volver a la carga, pero las cinco naves misteriosas se habían reagrupado formando un solo frente, en línea.

La situación era más peligrosa, puesto que en el dispositivo táctico que habían adquirido anteriormente, al quedar unas frente a otras y por temor de alcanzar con los disparos a los de su mismo bando, les restaba rapidez y eficacia.

El coronel se dio inmediatamente cuenta de la posición delicada en que se hallaban e inició un picado a tiempo que se libraba de la andanada que le mandaron y las explosiones repercutieron por doquier.

Sin perder velocidad, cuando consideró que estaba a suficiente distancia, inició la ascensión para atacarles por retaguardia.

Tenía ventaja sobre aquellas naves, puesto que el tipo «wholpi» se podía considerar un modelo antiguo en cuanto a velocidad y radio de acción en atmósfera terrestre, aunque, eso sí, resultaban terribles en lo referente a su potencial de fuego.

Así pues, sacando partido de su velocidad, en pocos segundos estuvo detrás de ellas y abrió fuego, estallando en el aire otra de las naves misteriosas.

Ante la audacia del coronel, las demás iniciaron la desbandada para alcanzar el espacio libre y no arriesgarse a ser pulverizadas.

El sargento Tyler, comunicó:

—Coronel, la nave averiada sigue descendiendo.

—Gracias, sargento. Nos vamos a ocupar de ella.

Efectuó un giro descendente hacia la derecha para aproximarse más a la astronave alcanzada.

El teniente no pudo aguantarse y manifestó su descontento:

—Es una lástima, coronel, que no haya terminado de una vez con ella.

Stephen sonrió y repuso con calma:

—Tenga en cuenta, teniente, que enemigo muerto, queda en donde se le ha alcanzado, mientras que el herido encauza sus pasos hacia la madriguera. Esto que termino de decirle, puede aplicarlo a las naves espaciales.

Más tarde, el teniente pudo convencerse de lo acertadas que fueron las palabras del coronel.

La nave sin identificación alguna, seguía evolucionando con lentitud y, de vez en cuando, daba algún que otro bandazo que ponía en peligro su estabilidad.

—¿Qué opina de lo que está viendo, teniente?

—Que de un momento a otro va a capotar.

—Pudiera darse el caso, mas creo que está llevando una táctica de entretenimiento, esperando cualquier oportunidad para despistarnos.

—Pero si apenas puede maniobrar...

—Eso parece, teniente. Por otra parte, jamás se fíe de las apariencias de un posible enemigo.

—Sí, tiene razón, coronel. Lo que no me explico es cómo no se defiende.

—Pueden ocurrir dos cosas: o que se encuentren afectados los mecanismos de disparo o que si lo hacen, saben positivamente que son hombres muertos.

—Comprendo.

—Aunque debo de advertirle, que en la eventualidad de que hicieran fuego, nosotros trataremos de ponernos a cubierto y sin repeler la agresión. Me interesa saber, por encima de todo, a qué lugar se dirigen.

Entretanto, seguían las evoluciones de la nave misteriosa, que, a medida que iba pasando el tiempo, daba más síntomas de impotencia.

Aquello tenía visos de hacerse eterno y el teniente se impacientó de nuevo:

—Me da la impresión, coronel, que nos está tomando el pelo. Ni se cae, ni nos lleva a ninguna parte.

—La virtud de un buen cazador es la paciencia, saber seguir el rastro y aprovechar la oportunidad para cobrar la pieza objeto de su atención.

Nuevamente el teniente se calló mordiéndose los labios. Iba aprendiendo muchas cosas de aquel coronel que le estaba demostrando poseer unos nervios de acero y una inteligencia muy despierta.

CAPITULO II

La tarde iba declinando y ante ellos todavía seguía aquella astronave manteniéndose en el aire a duras penas.

Ahora, salvo los bandazos que se producían con más profusión, mantenía un rumbo fijo y cada vez a más altura, tanto, que en ocasiones se confundía con el paisaje perdiéndola de vista, aunque en la pantalla se reflejaba con toda nitidez.

Se aproximaban a una zona de escarpadas montañas, lugar conocido por Lamento de los Riscos debido a que se originaban resquebrajaduras en los picachos y laderas, y a la caída de las piedras, junto al eco, daban la impresión de quejas sobrehumanas.

Pudieron observar cómo la nave en cuestión, a duras penas, salvaba aquella cordillera que le cerraba el paso y luego, al abrigo de aquellas montañas, una gran explanada con edificios peculiares de un astródromo.

El teniente no tuvo más remedio que reconocer:

—Señor, tenía usted razón. El herido nos ha llevado a su madriguera.

—En efecto. Así ha sido.

Luego, dirigiéndose al sargento Tyler, le ordenó:

—Tome amplio reportaje del lugar.

—A la orden, señor.

—Teniente, fije en el mapa la posición.

—Sí, coronel.

La nave «tocada» fue descendiendo más y más hasta casi rebotar en el suelo para luego reposar de banda.

El coronel comentó:

—Sí que les ha ido justo la cosa. Un poco más y casi seguro que se estrellan.

—Desde luego.

—Vamos a acortar distancias. No hay que perder detalle de lo que pueda pasar ahí abajo.

Así lo hizo y conectó el telescopio sincrónico a la pantalla para que ampliara la imagen.

Pudieron ver cómo la tripulación abandonaba la nave averiada y algunos de sus componentes estaban heridos y eran ayudados por otros.

Por el campo se apreciaba gran movimiento y como de un gran pabellón, salía gente corriendo hacia un determinado lugar guiados por hombres armados.

En poco tiempo toda la explanada quedó desierta, y allí no se veía

nada, salvo la nave tumbada.

El coronel tuvo un presentimiento que le fue confirmado a los pocos segundos.

Una sucesión de explosiones se produjeron alrededor de la nave que ocupaban, la que se tambaleó como azotada por un terrible huracán.

Como único comentario a lo que estaba sucediendo, el coronel manifestó:

—Por lo visto, no les resulta de su agrado nuestra presencia.

Las explosiones seguían y el permanecer allí resultaba peligroso, si en algo estimaban su existencia.

—Teniente, tendremos que desistir de nuestra observación. De todos modos, hemos descubierto lo que queríamos. ¿No le parece?

—Sí, coronel.

Se disponía a tomar más altura, cuando, súbitamente, las explosiones cesaron.

Esta particularidad llamó la atención de Stephen Simson y lo que tenía, se originó.

—Coronel, a nuestras espaldas se acercan cinco naves.

—Gracias, Tyler. No sé por qué, lo estaba esperando. Abra fuego en cuanto las tenga a tiro y no las deje acercar.

—A la orden.

—Los tripulantes de popa que hagan lo mismo con las armas secundarias.

—Sí, señor.

Luego, dirigiéndose al teniente, anunció:

—Vamos a descender y daremos una pasada para soltar nuestras cargas e inutilizar cuanto podamos.

Ahora se dirigió a todos en general:

—Estén atentos a mi señal. Cada uno que elija su objetivo. Los frontales corren a nuestro cargo. Una advertencia, no ataquen el último pabellón que cae a la izquierda, el que se ve más pequeño. Se ha refugiado gente.

Cada componente de aquella tripulación tenía los nervios en tensión esperando que fuera dada la señal de su coronel. Sabían de antemano que ésta se produciría en el momento más propicio.

Tyler comenzó hacer uso del arma principal, de mayor alcance, para mantener a raya a quienes pretendían aproximarse a ellos.

Mientras tanto, el coronel inició un picado y enfiló la explanada de sur a norte.

Cuando iban a alcanzarla, exclamó:

—¡Ya!

De la astronave comenzaron a brotar toda clase de proyectiles de los que contaban a bordo y que resultaban de una efectividad

contundente.

Al sobrevolar la nave averiada, el teniente soltó una carga que dio en pleno blanco destruyéndola por completo.

—Buena puntería, teniente. Le felicito.

—Gracias, coronel.

Siguieron barriendo cuanto encontraban a su paso y al llegar a las construcciones, parte de ellas quedaron en ruinas.

Hizo un giro para iniciar otra pasada, pero se encontró con que las cinco naves aquellas le estaban esperando.

No le quedaba tiempo ni espacio para rectificar.

Su mente trabajó febrilmente. De ascender verticalmente, presentaría un blanco magnífico y las posibilidades de salir con bien, serían nulas.

Por las posiciones que habían adoptado sus enemigos, era precisamente esto lo que estaban esperando.

Se decidió por hacer la pasada, pero a la inversa, decir, de norte a sur. De este modo, aun en el caso que abrieran fuego, quien recibiría mayor cantidad de impactos serían las edificaciones al servicio del astródromo que todavía quedaban en pie.

Esta operación arriesgada, por el momento, le salió bien. Las naves misteriosas, por lo visto, no esperaron aquello y de ellas no salió un solo disparo.

Pero no supo de dónde hicieron acto de presencia dos naves enemigas que le cortaban la retirada.

No le quedó más opción que abrirse paso con las armas que disponía y al primer envite, una de ellas quedó abatida y la otra también alcanzada, aunque seguía manteniéndose en el aire y disparando.

El teniente rompió su mutismo al comprobar que su jefe se bastaba para salir de una situación altamente comprometida y manifestó: — Bien, coronel. Una menos para molestarnos.

—En efecto.

Aquel corto espacio que se entretuvieron para hacer frente a aquellas dos naves inesperadas, lo aprovecharon las restantes que se lanzaron como aves de rapiña para disputarse una presa fácil.

Alrededor de la astronave del coronel sonaban profusión de explosiones y, gracias al blindaje especial de que iba provista, resistió por lo menos la primera embestida.

Imprimió toda la potencia a los turborreactores e inició una veloz ascensión vertical, no sin antes soltar sendos proyectiles magnéticos, muy terribles por su eficacia.

El resultado fue que dos naves estallaron en el aire. Las tres que quedaban, centraron su fuego sobre la del coronel.

Una explosión fue más contundente que las otras y los indicadores

de velocidad y combustible bajaron de forma altamente alarmante.

La voz de Tyler se oyó en aquellos momentos:

—Coronel, hemos sido alcanzados en el compartimiento de combustible. Hay heridos.

—Que pongan en funcionamiento el ininflamable y absorbente de gases para evitar la explosión y que conecten los impulsores atómicos.

—A la orden.

—Teniente Cooper, dispóngase a lanzar depósitos de combustible sobre la explanada.

—Sí, señor.

La situación por la que atravesaban era muy grave. Si una nueva explosión se originaba cerca del compartimiento de combustible, sería más que suficiente para quedar pulverizados.

En tanto, aquellas tres naves habían roto la formación y para suerte de ellos, dos colisionaron.

—Tenemos que eliminar ésta que queda sin darle tiempo a que haga uso de sus armas. Si no lo evitamos, tendremos que solicitar plaza entre los angelitos.

—Pero antes lanzaremos los depósitos, ¿no?

—De poco nos servirá esto si antes nos alcanzan. Hay que anular ese riesgo.

Maniobró de forma que quedaron a cubierto de una posible acción de la nave enemiga, para luego encuadrarla en el visor y soltarle una andanada de proyectiles magnéticos.

Gracias a la serenidad y pericia del coronel, todos dieron de lleno en el blanco elegido y con ello borraron aquel riesgo que resultaba tan peligroso.

—Ahora podemos desprendernos con toda tranquilidad del combustible.

Se dirigieron de nuevo hacia la explanada y cerca de unos hangares que todavía quedaban en pie, fueron lanzados los depósitos.

La explosión fue enorme y la misma onda expansiva les lanzó a más altura. Luego se sucedieron otras explosiones y allá abajo todo eran ruinas envueltas en llamas.

El teniente, comentó:

—Me da la impresión que hemos alcanzado su arsenal.

—Así parece a juzgar por los estallidos que se han sucedido.

Y luego, levantándose de su puesto de mando, indicó:

—Teniente, hágase cargo. Rumbo a la base. Me voy a interesar por lo que ha sucedido.

—A la orden.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la clínica-hospital que disponían a bordo y, aunque de espacio limitado, estaba equipada con los últimos adelantos médicos, pudiendo solventar cualquier

problemas que se presentara entre la tripulación por muy sencillo o complicado que fuere.

La clínica-hospital estaba a cargo del capitán médico, doctor William Mayllor, un muchacho relativamente joven, pero gran especialista en la amplia gama de su profesión y como es natural, primordialmente en la rama de medicina espacial.

Toda la tripulación le llamaba «doc» May y en más de una ocasión pudieron comprobar en ellos mismos que su fama no era infundada.

El coronel Stephen Simson y el capitán médico William Mayllor, eran amigos desde sus estudios primarios y seguramente el móvil de aquella amistad fue su mutua inclinación por el riesgo y la aventura, aunque luego, en el momento de la elección profesional, cada uno fuera por camino distinto.

Pero un acontecimiento doloroso para William, hizo que se reuniera de nuevo con Stephen.

William había contraído matrimonio y a los dos meses, en que todavía paladeaba la luna de miel, su esposa enfermó y por más que se hizo, la ciencia médica se vio impotente para rescatarla a la muerte.

La pena, la monotonía de la ocupación, los recuerdos de su frustrado hogar, le hacían la vida imposible y por eso decidió ingresar en las filas de los astronautas.

Luego de superar con eficacia todas las pruebas, fue destinado con la graduación de capitán en la misma base de Stephen.

A los dos días de estar allí William Mayllor, en uno de los reconocimientos médicos que periódicamente se efectuaban a jefes, oficiales y tripulantes astronáuticos, se encontró con Stephen Simson quien tuvo que someterse a su examen.

La alegría de los dos antiguos amigos fue grande, puesto que hacía tiempo que no se veían y como Stephen se había quedado sin médico de astronave, por límite de edad del anterior, recabó de sus superiores que lo asignaran a su tripulación.

Desde entonces, juntos corrieron sus aventuras y sus diversiones, influyendo en gran manera a que William fuera mitigando su pena e hiciera una vida normal.

—Doc May. ¿Cómo están los muchachos?

—Afortunadamente, mejor de lo que parecía en principio. Unos pegotes que embellecerán sus rostros durante unos días y después, aquí no ha pasado nada.

Los heridos, tres en total, esbozaron una sonrisa. El doctor siempre les infundía ánimos, abordando la cuestión por la parte humorística.

El coronel estuvo un rato departiendo con ellos y oyendo las explicaciones de William sobre las heridas que les afectaban.

Después se dirigió hacia el compartimiento de combustible para

inspeccionar en qué estado se hallaba.

Los mecánicos ya estaban concluyendo la reparación de urgencia.

El coronel Simson, comentó:

—Menos mal, la suerte nos sigue ayudando. Un nuevo impacto y... nos borran de la existencia.

—Gracias a su pericia, coronel.

—No digan tonterías. Gracias a que esos fulanos son unos ineptos.

Luego revisó lo reparado, para indicar:

—Bien, con eso aguantaremos hasta la base. Allí ya nos lo arreglarán a conciencia.

De nuevo se dirigió a la cabina de mando y al cabo de un rato tomaban tierra en el astródromo sin otra novedad.

CAPITULO III

Lo primero que hizo el coronel fue informar a sus superiores de lo acaecido y el descubrimiento de aquel astródromo, posible punto de llegada de las personas que no se volvía a saber su paradero.

Les concedieron un período de descanso, durante el cual los inseparables Stephen Simson y William Mayllor, conocieron a dos jóvenes en un centro recreativo.

Fue Stephen quien llamó la atención a su amigo:

—Oye, William... Fíjate en aquellas dos muchachas.

—¿En cuáles?

—Las que están a tu derecha.

El aludido dirigió la mirada hacia donde le señaló su amigo.

—Sí, son muy bonitas.

—¡Y tanto...! Sobre todo, la del pelo negro, es una escultura perfecta, digna de ser perpetuada.

—¡Vaya...! Desconocía tu inclinación por el arte de la escultura.

—No es eso, me refiero a perpetuarla con descendencia.

—¡Ah, vamos...! Ya me extrañaba a mí...

—¿Acaso no está apetitosa?

—Desde luego, y la rubia también. ¿A quién amarga un dulce?

—Pues no perdamos tiempo y vayamos al abordaje.

—Tú siempre con tus términos tan aeronáuticos.

—La profesión de uno no puede permanecer oculta, medicucho.

—Pues si yo llego a analizarlas bajo el punto médico, estoy listo.

—¿Por qué?

—¡Hombre...! El cuerpo humano se compone de un amasijo de sustancias!..

—No es necesario que las enumeres, pero convendrás que distribuidas proporcionalmente, se llega a conseguir un conjunto maravilloso.

—De acuerdo en lo referente a la anatomía que describes. Pero...

—Mira, William, déjate de peros. Lo que interesa es eso de la topografía. Así que vayamos a explorarla de cerca que será más positivo.

—Conforme, vamos allá, coronel.

Se presentaron ante las muchachas que, con disimulo, también se habían fijado en ellos.

Stephen tomó la palabra:

—Señoritas, somos dos mortales que precisan la compañía de dos diosas fugadas del Olimpo.

—Sus miradas poseen un talismán que nos ha convertido en sus

esclavos.

Añadió William haciendo una reverencia.

Las muchachas sonrieron complacidas y accedieron a que las acompañaran.

Luego vinieron las presentaciones:

—Me llamo Stephen Simson y mi amigo William Mayllor.

La del pelo negro, fue la que respondió:

—Yo, Shirley Falk y mi amiga, Glenda Reed.

—Encantados de conocerlas. Sus nombres hacen honor a sus respectivas bellezas.

Las dos jóvenes esbozaron una sonrisa ante el cumplido de Stephen.

Iniciaron una conversación general y, poco a poco, cada uno se centró en la chica de su preferencia, teniendo la impresión de que ya eran antiguas amistades.

Stephen le propuso a Shirley:

—¿Qué te parece si bailamos y luego nos esfumamos por el jardín?

—De acuerdo.

Se levantaron y sin decir palabra a la otra pareja, para no interrumpir su animada conversación, se fueron a bailar.

Shirley, si atractiva resultaba sentada, al ponerse de pie, Stephen quedó admirado de aquel tipazo de mujer en la que se conjugaban todas las perfecciones.

Cuando la enlazó por la cintura, sintió un cosquilleo muy grato al notar, a través de la fina tela, la tibieza que se desprendía de aquel maravilloso cuerpo y del que presentía poseer una piel fina.

Por convencionalismos, al principio danzaban un poco separados, pero después, ya sea por la música, por ejemplo de las demás parejas o por atracción mutua, sus cuerpos se fueron acercando hasta fundirse en un perfecto acoplamiento.

Stephen notaba que la sangre aceleraba su ritmo, y con su mejilla junto a la tersa y satinada de la joven dueña de tantos encantos, le susurró al oído: —¿Sabes que eres muy bonita, Shirley?

La joven le contestó con otra pregunta:

—¿Tú crees...?

—Sin lugar a dudas.

—Todo es cuestión de apreciación.

—De una apreciación inequívoca. Sencillamente, eres maravillosa.

La muchacha esbozó una sonrisa de circunstancias.

Stephen dejó de bailar y cogiendo a su pareja por el brazo, se la llevó hacia el frondoso jardín de aquel club de recreo.

Se justificó:

—Mira, la danza no se me da muy bien, no es mi asignatura preferida. Me inclino más por la tranquilidad que el bullicio.

—¡Ya...!

Fue el único comentario de Shirley.

Iban paseando en silencio como la cosa más natural. Stephen la cogió por la cintura y así fueron caminando sin perder el contacto de sus cuerpos.

Al llegar a un lugar acogedor, Stephen se detuvo, la cogió por ambos hombros y la contempló embelesado.

—Posees un rostro muy bello, unos ojazos que se asemejan a un par de fulgurantes estrellas por su azul e intensidad de luz y unos labios como sendos pétalos de sangrantes rosas...

La muchacha mostraba una expresión entre asombrada y complacida por el galanteo de su acompañante.

El la fue atrayendo lentamente y sus manos fueron resbalando de los hombros de la joven hacia su espalda hasta rodearla por la cintura y unir sus labios a los fascinantes de ella.

El beso fue prolongado, los sentidos iban en aumento en su excitación. Ahora extendía las caricias por su rostro, al lóbulo de su oreja, por el cuello, incluso en la iniciación de su pródigo escote.

Sus respiraciones eran entrecortadas; se abrazaban con frenesí y ya estaba a punto de producirse el paroxismo, cuando la precipitación del coronel lo estropeó todo.

—¡No, Stephen, eso no...!

Y se separó con brusquedad de su lado.

—Pero..., ¿por qué criatura? Ahora no puedes dejarme así...

—Lo siento. Creo que existe un equívoco por tu parte.

—¿No irás a negarme que nos atraemos?

—Pudiera ser, pero ello no justifica lo demás.

—Pues es un absurdo. Si ambos nos gustamos, disfrutemos de ello.

—No comparto tus teorías. Para lo que pretendes tiene que existir algo más. Repito que conmigo te has equivocado.

Stephen, estaba acostumbrado a las aventuras amorosas y a conseguir lo que invariablemente se proponía. La oposición de la fascinante Shirley, contribuyó a que su interés se acrecentara.

Existía una evidencia y era, casi estaba completamente seguro, que fue el primer hombre que besó aquellos labios en plan amoroso puesto que ella no sabía besar.

—Bueno, voy a reunirme con mi amiga Glenda.

—Espera, Shirley...

La retuvo por un brazo y luego, un poco malhumorado, manifestó:

—Está bien, reconozco que me he equivocado y añadiré que casi me alegro que haya ocurrido así.

La joven se quedó un poco desconcertada ante aquellas palabras contradictorias.

—¿Quedamos amigos, Shirley?

—Siempre y cuando tu comportamiento...

—Te prometo no hacer nada que tú no desees.

—En ese caso...

Todavía permanecieron un buen rato en aquel agradable lugar, descubriendo ambos que coincidían en varios puntos y la atracción del principio se fue convirtiendo en algo más profundo.

No lejos de ellos, había otra pareja en que la muchacha, luego de hacer concesiones a su rendido acompañante, le preguntaba con disimulo: —Thomas, ¿conoces a aquel hombre?

—¿A cuál?

—Al que está sentado allí con la chica del pelo negro.

El teniente Thomas Cooper, pues no era otro, dirigió la mirada hacia donde le indicaba la joven y respondió: —¡Vaya...! Claro que le conozco. Nada menos que es mi jefe, el coronel Stephen Simson.

—¡Ya...!

—¿Quieres que te lo presente, Daw?

—No, no...

Contestó precipitadamente. Daw era una muchacha pelirroja, de mirada felina y que sin ser nada extraordinario, en conjunto atraía, contribuyendo a ello su tipo y más que todo, su vehemencia, en pasarlo bien.

Thomas Cooper se sentía cautivado por ella.

Daw preguntó de nuevo:

—¿Es su novia la que está con él?

—Pues a juzgar por lo amartelados que están, eso parece.

Iba a preguntar algo más cuando pasó cerca de ellos otra pareja, él llevando a la joven cogida con su brazo sobre los hombros y con los rostros juntos y, al parecer, musitándose palabras amorosas.

Por el camino que llevaban, a la fuerza tenían que pasar frente a Stephen y Shirley, como así sucedió a los pocos segundos.

Iban ensimismados con sus cosas, sin fijarse siquiera en ellos, por lo que Stephen les llamó:

—¡Eh, pareja...! ¿Es que ya se han perdido las amistades?

Ambos quedaron sorprendidos.

William quitó el brazo con el que retenía a la joven y Glenda hasta se puso un poco colorada.

William exclamó:

—¡Caramba, pues ya os podíamos esperar...!

A lo que Stephen repuso:

—Y claro, habéis decidido actuar por vuestra cuenta y riesgo..., que por cierto, compruebo que no habéis perdido el tiempo.

William compuso una cara de circunstancias y se excusó:

—Perdona, me he olvidado de solicitar el correspondiente permiso.

Y las dos parejas rompieron a reír a carcajadas.

—Bueno, hay que celebrar esta feliz coincidencia, porque... ¿tú y ella, William...?

—¿Y tú y ella, Stephen...?

Shirley y Glenda no sabían qué hacer, si mantenerse serias o reír, debido a la violencia que pasaban por la insinuación de sus respectivos acompañantes.

Optaron por sonreír y en el fondo complacidas de haber despertado el interés de aquellos dos apuestos jóvenes.

Fue Shirley quien, levantándose, remachó:

—De acuerdo, hay que celebrarlo.

Y ambas parejas, íntimamente enlazadas, se encaminaron hacia el salón de aquel club recreativo.

Unos ojos ávidos no perdieron detalle de la escena desarrollada entre aquellas parejas.

Daw, deseosa de saber, preguntó:

—¿Les conoces?

—Ella no sé quién pueda ser. El es el capitán médico William Mayllor que forma parte de la tripulación de nuestra astronave e íntimo amigo del coronel.

—¿Es su novia...?

—Yo qué sé... ¿Se puede saber a qué viene ese repentino interrogatorio? ¿Acaso llevas la sección de chismes de sociedad en alguna revista?

—Nada de eso; simplemente curiosidad femenina.

—Pues centra tu curiosidad en mí que es algo más positivo. ¿No te parece?

—Sí, cariño. Tienes razón.

Le contestó mimosa y con una sonrisa enigmática que Thomas no pudo descubrir porque ella sabía sobradamente el modo de enloquecerle.

Entretanto, las dos parejas celebraban con brindis y baile aquel encuentro en donde había nacido más que una simple amistad y al final de la jornada, cuando se despidieron de las muchachas en su apartamento que compartían, quedaron en verse en lo sucesivo para estrechar sus relaciones.

CAPITULO IV

Cuando el coronel Stephen Simson se presentó en la base para inspeccionar, como era su habitual costumbre, los trabajos de reparación en la astronave que le había sido confiada, el sargento Tyler le comunicó: —Señor, el jefe de la base desea que vaya a su despacho cuanto antes.

—Gracias, Tyler. ¿Cómo va todo? —Por buen camino.

—Bueno, pues voy a ver lo que quiere «el Gruñón». Llamaban así al comandante general Robert Powell, responsable de aquel astródromo.

El apelativo de «el Gruñón», era más bien cariñoso, pues, aunque parecía estar siempre enfadado, todos sabían que poseía un gran corazón y dispuesto a partirse el pecho por cualquiera de sus muchachos que estaban bajo sus órdenes, ya se tratara de la más alta graduación o de un simple peón.

Llegó a la antesala del despacho y manifestó:

—El general Powell me ha mandado llamar.

—Sí, señor. Le está esperando.

Un ordenanza le abrió la puerta y penetró en el despacho del jefe de la base, que estaba ocupado en aquellos momentos en la firma de unos documentos.

—Se presenta el coronel Simson, señor.

El comandante general Robert Powell, sin levantar la cabeza de sus papeles, refunfuñó:

—Ya era hora... Siéntate, que estoy en seguida contigo.

A Stephen no le vino de nuevo aquel recibimiento y ocupó el asiento que tenía más próximo esperando pacientemente.

—Siempre hay papeles que firmar, ¡contra...! En esto se estrella la cibernética sin lograr desbancar los métodos antiguos.

Por fin terminó con aquel trabajo, que al parecer urgía, llamó a un ordenanza y se los entregó en silencio.

Luego se encaró con Stephen.

—¿Por qué no solicitaste ayuda cuando atacaste el astródromo en el Lamento de los Riscos?

—Por considerarme capacitado para terminar con la misión encomendada, señor.

—Conque sí, ¿eh? Pues lee esto, señor capacitado.

Y casi le lanzó una cartulina impresa.

Stephen, sin inmutarse, la cogió y procedió a su lectura, hasta que al terminarla levantó la cabeza.

El comandante general Powell no le dejó hablar:

—Por culpa de un coronel alcornoque, he tenido que soportar las burlas y reprimendas que haya podido sufrir en toda mi carrera...

Stephen, como le conocía, dejó que desahogara todo su mal humor, pues sabía que si durante ese período le contradecía, era mucho peor.

Ya calmado, cambió de actitud y preguntó:

—¿Qué me dices a todo eso, muchacho?

—Pues que era de esperar, que una vez descubiertos abandonaran la guarida.

—Pero como has leído en el informe, se denuncian nuevos casos de secuestro.

—Así lo he leído, señor.

—¿Y qué piensas de ello?

—Que se trata de una organización más importante de lo que en principio se suponía.

—Comparto tu parecer, muchacho. Incluso me atrevería a afirmar que hay de por medio grandes intereses.

—¿Por qué supone eso, señor?

—Por las presiones que he recibido de arriba indicando que se te abra expediente por negligencia y que se desista del caso. Lo he rechazado de plano. ¡Contra...! Cuando yo deposito la confianza en uno de mis muchachos, por algo será.

—¿Qué piensa hacer, señor?

—Pues seguir adelante en el caso hasta desarticular toda la maraña.

—¿Pero si se oponen...?

—Ahora está en juego mi amor propio y he de demostrar a esos politiquillos lo equivocados que están. Tú seguirás intentando esclarecer la cuestión y espero que no me defraudes para el bien de los dos.

Stephen Simson esbozó una sonrisa de satisfacción, pues sabía que de haber partido la iniciativa de él, su jefe hubiera sido capaz de poner reparos.

—¿Qué me contestas a esto, muchacho?

—Sí, señor, espero no defraudarle.

—Pues en cuanto estéis en disposición de hacerlo, proseguirás en el caso. Pero en esta ocasión no quiero cabos sueltos, sino todo bien atado. ¿Entendido?

—Procuraré complacerle, señor.

—No procurarás. Lo harás.

—Lo haré.

—Eso está mejor.

Stephen se levantó de su asiento y su jefe hizo otro tanto, quien dando la vuelta a la mesa, le acompañó hasta la puerta de salida.

Posó una mano sobre su hombro y presionándolo, le recomendó:
—Ándate con los ojos bien abiertos, muchacho.
—Así lo haré, señor.
Y sin más se despidieron.

*

Luego que giró una visita por los enormes talleres de reparación de naves, Stephen Simson se dirigió a pie a su alojamiento, que compartía con su amigo William Mayllor desde que se incorporó a la base donde prestaba sus servicios.

Por el camino iba meditando sobre la conversación mantenida con su jefe y la indignación se iba acrecentando en él por momentos.

Sólo le faltó que al llegar a su alojamiento, en el departamento de correspondencia, entre otros, se encontrara un sobre con unas características especiales y, naturalmente, con su dirección impresa en el mismo.

Lo rasgó y de su interior extrajo una nota, que decía simplemente:
«Coronel Simson: Le recomendamos se abstenga de averiguaciones.»

Y por toda firma, llevaba un signo cabalístico.

Inmediatamente supo a qué se refería la nota y se afianzó más en su idea de que aquella organización dedicada a secuestros de hombres y mujeres, todos ellos jóvenes, era de una envergadura insospechada.

En aquellos momentos llegó William y contempló a su amigo, encontrándole muy serio.

—¿Consecuencias de la entrevista con «el Gruñón»?

—¿Cómo lo sabes?

—Sencillamente, que he preguntado por ti y Tyler me ha dicho que estabas con él.

—Pues en parte sí y en parte no. La causa esencial es esta nota. Toma.

William la leyó para luego preguntarle:

—¿Qué piensas hacer?

—Naturalmente, no hacer el menor caso.

Entonces Stephen le explicó la conversación mantenida con su jefe común, a lo que comentó William:

—Pero esto es una felonía. Tratar de coaccionar de esta manera encubriendo un delito... y consintiendo un sospechado mercado de esclavos como en tiempos ancestrales.

—Has dicho bien. Parece que hayamos tenido transmisión de pensamientos.

—¿Así tú crees que pueda tratarse de eso?

—Casi lo podría asegurar y como esto les dejará pingües

beneficios, de ahí su interés de entorpecer la labor y que no se descubra lo que pueda existir tras ello.

—¡Ya...! Comprendo, la eterna ambición humana sin parar en los medios para satisfacerla.

—Exactamente.

Stephen quedó ensimismado y William le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En que deben de contar con medios rápidos de información. Hace apenas una hora que he confirmado mi deseo de seguir en el caso y no hace mucho ha sido depositada esta nota, puesto que el sobre no lleva ninguna estampilla de servicio.

A tiempo que decía esto, le mostró el sobre en cuestión a William.

—Pues tienes toda la razón.'

Se originó una pausa que fue interrumpida por William, al preguntar:

—¿Y cuándo salimos?

—En cuanto recopile la información suficiente y tengamos lista la astronave.

—En ese caso..., ¿nos dará tiempo a salir con las chicas?

—Claro que sí.

—Me alegro, hombre, puesto que ya estoy rabiando por tener a mi lado a Glenda.

—¡Caramba, «doc» May...! Te veo muy entusiasmado.

—Te puedes reír si quieres, pero lo cierto es que esa muchacha me ha calado hondo.

—¡Ay, ay, ay...! Esto me huele mal...

—Y tú no vengas ahora con esos aires de suficiencia, que bailando con ella se tenía que recurrir al microscopio para saber dónde terminaba un cuerpo y empezaba el otro... Parecíais siameses con adherencia de tórax y abdomen.

—Mira que eres reptil, «doc». Si se entera Hipócrates, el padre de la Medicina, reniega de tu juramento por obsceno.

—La evidencia no se puede negar.

—A estas alturas, ahora me resulta que eres un cotilla empedernido.

—No es eso, únicamente he correspondido a tus insinuaciones.

—Sí, hombre, sí... Lo cierto es que también me está interesando Shirley.

—Como que es una preciosidad de criatura.

—De acuerdo. Te confesaré que mis intenciones de principio fue sacar lo que se pudiera y luego a otra cosa.

—¡No me digas...!

—Pero me vi gratamente sorprendido. La muchacha no pertenece a ese número de jóvenes que te dan toda clase de facilidades. Sabe

divertirse, pero sin extralimitarse y con el suficiente juicio para mantenerse en su puesto.

—Pues con Glenda me ha sucedido algo parecido. Ya que estamos metidos en confianzas, te diré que me había propuesto no hacer caso a otra mujer. Se las llega a querer demasiado y luego...

—Hombre, William... No seas fatalista.

—Me ha costado mucho el recuperarme de la muerte de mi esposa.

—Aquello fue una desgracia muy lamentable. ¡Ea...! Dejemos las tristezas a una parte y vayamos a por las chicas. ¿Te parece bien?

—Conforme.

A poco ya se encontraban en el club recreativo a la espera de que aparecieran de un momento a otro Shirley y Glenda.

No se hicieron esperar mucho y los dos amigos contemplaron embelesados a sus respectivas muchachas.

Luego de los saludos y una conversación general sin trascendencia y haber pedido lo que les apetecía, tras saborearlo, Stephen indicó a Shirley: —¿Vamos a bailar?

—De acuerdo.

Stephen se dirigió a su amigo y a la joven, para decirles:

—Hasta luego, pareja.

Le cedió el paso a Shirley y una vez más comprobó que le satisfacía aquella muchacha y sintió un amago de celos por la admiración que suscitaba entre los hombres.

Con suma delicadeza la rodeó con un brazo para iniciar los pasos de aquel bailable y permaneció un buen rato en silencio para acallar la tumultuosidad de los latidos de su corazón.

—¿Sabes una cosa, Shirley...?

—¿Qué?

—No he dejado de pensar en ti.

La muchacha no le contestó, aunque se la notaba complacida a todas luces.

—Y tú... ¿No has pensado un poco en mí?

—Pues... sí, algo...

—¿En bien o en mal?

—De todo un poco.

—¿Me puedes decir hacia qué bando se ha inclinado el fiel de la balanza?

—Resulta un tanto difícil determinarlo...

—¿Por qué?

—Por existir cierta igualdad.

—Malo, cuando dos fuerzas de igual potencial se oponen, el resultado es nulo, que aplicado a los sentimientos, puede calificarse de indiferencia. ¿Es esto lo que te sucede?

—Puede... —le contestó evasiva.

—Mira... Como ya te dije, el baile no es mi plato fuerte y tengo que concentrarme para evitarte cualquier pisotón. Mejor será que nos vayamos al jardín y de este modo podremos charlar tranquilos.

Y uniendo la acción a lo que terminaba de decir, la cogió por el brazo y abandonaron la pista de baile.

—Bueno..., aquí ya se respira un ambiente más tranquilo y no hay que estar pendiente de la música.

Stephen la había soltado del brazo, pero ahora caminaban llevándola sujeta por los hombros.

—¿Así que has dicho que sientes indiferencia...? Esto es una cuestión primordial que hay que aclarar.

—¿Y cómo vas a lograrlo?

—De este modo.

En su paseo habían llegado a un lugar discreto y Stephen, tras sus palabras, la rodeó por la cintura y la atrajo besando sus labios.

Shirley fue sorprendida por aquella acción inesperada y sus labios temblaron.

Stephen, al cabo de un rato se separó, la miró entre burlón y satisfecho, para luego manifestar:

—Incógnita despejada... No te resulto indiferente.

—Creo que tu deducción ha sido un tanto precipitada.

—No lo es, por la razón que tus labios y toda tú has temblado.

—Pudiera darse el caso que esto fuera producto de la misma indignación.

—Sea lo que fuere, lo esencial es que en ti no predomina la indiferencia, aunque pretendas que ésta sea negativa y yo me incline por la positiva.

—Stephen, estoy descubriendo que eres un engreído...

—Y yo he descubierto que eres una preciosidad de criatura que me está volviendo loco.

Nuevamente la atrajo y el tener a aquella joven junto a él, al notar su palpar, la sumisión de ella a sus caricias, exaltó sus sentidos y tuvo que efectuar un esfuerzo titánico para sobreponerse.

Esta escena también fue presenciada por unos felinos ojos de mujer, cuyos labios esbozaron una diabólica sonrisa.

CAPITULO V

El coronel Stephen Simson, se personó en la sección de información para hacerse cargo de cuanto había solicitado.

Un oficial le entrego el dossier, advirtiéndole:

—No se ha logrado mucho, coronel. Yo diría que casi nada.

—Gracias, capitán. Lo estudiaré con detenimiento.

—¡Ah, coronel! Solicitado por el jefe de la base, le he remitido un duplicado del informe. Me ha dicho que cuando pueda, pase por su despacho.

—Así lo haré. Gracias.

Se fue a su despacho oficial y comenzó a dedicar su atención a todo lo que le habían entregado.

En efecto, tenía razón el capitán de información. Todo aquello no decía nada que no supiera, salvo que, y sin confirmar, se había rastreado alguna nave sospechosa por el cuadrante, que en su nomenclatura denominaban Osiris, en honor al dios del bien en la mitología egipcia.

Una vez tuvo formado un juicio sobre lo leído, se dirigió al despacho del comandante general Robert Powell.

Al solicitar audiencia, el oficial encargado de trasmitirla, le advirtió:

—Llega en mal momento, coronel. «El Gruñón» está en uno de sus «excelentes» momentos.

—De todos modos, insisto en ello.

—Adelante. Yo se lo he advertido.

—Gracias.

A poco se encontraba ante su jefe, que le recibió:

—¡Contra...! Hace horas que he pasado el encargo que vinieras. Parece que todo el mundo está dormido. ¡Contra!

Cuando prodigaba su peculiar exclamación de «¡contra!», verdaderamente no gozaba de buen humor. En contraposición, cuando la palabra «muchacho» afloraba a sus labios, podía decirse que ya le había pasado todo.

—Y bien, muchacho... ¿Qué has sacado en limpio?

—Puede decirse que nada nuevo.

—Eso creo yo... Mira, muchacho, de arriba siguen presionándome que se desista de la investigación, así que lo mejor será que lo dejemos..., aunque con ello se resienta mi amor propio.

—Pero, señor, no podemos permitir...

—¡Contra! Coronel Simson, uno de los principios de la disciplina es la obediencia y si la superioridad dice que no, es no.

—Perdone, señor. Pero si tras una orden se encierra algo sucio, esta misma suciedad anula toda obediencia.

—No me vengas con razonamientos filosóficos a estas alturas...

Le miró enfadado y luego, dulcificando su expresión, continuó:

—Muchacho, la verdad es que yo estoy tan indignado como lo puedas estar tú. Me tienen atado de pies y manos y, oficialmente, no tengo más remedio que decirte que desistas del caso.

—¿Y extraoficialmente?

—¿Acaso yo me meto en tu vida privada...?

—Gracias, señor.

—Ten cuidado, muchacho.

Al terminar la entrevista con su jefe, se dirigió al hangar donde posaba su astronave.

Toda la tripulación estaba allí, salvo el capitán médico William Mayllor que, cuando estaba en tierra, ocupaba sus horas en el hospital de la base.

El teniente Thomas Cooper le informó:

—Sólo faltan pequeños detalles, señor.

—Pues hay que dejarlo todo a punto para mañana.

—¿Iniciamos una nueva misión?

—Yo más bien diría que continuaremos la que creíamos terminada. En su momento le informaré, teniente.

—Bien, señor.

Luego se dedicó el coronel Simson a inspeccionar mecanismos y aparatos de precisión, todo ello indispensable para una segura navegación.

Tuvo ocupada toda la mañana y al llegar a su alojamiento, cosa rara, ya estaba allí William esperándole.

—¡Caramba, «doc» May...! ¿Te has tomado vacaciones por tu cuenta y riesgo?

—No, simplemente que he terminado antes y he venido a descansar. Por cierto, ahí tienes un sobre a tu nombre.

Stephen, maquinalmente, lo cogió y lo rasgó, a tiempo que exclamaba:

—¡Uf..., qué mañanita he tenido!

—¿Qué te ha pasado?

En esos momentos ya tenía ante sí el papel y quedó sin responder a la pregunta de su amigo. La nota, decía: «Coronel Simson: Ha querido ignorar la advertencia que se le hizo. Aténgase a las consecuencias.»

Y por única firma, si aquello pudiera llamarse tal, el signo cabalístico de la misma nota anterior. William preguntó: —¿Te has quedado mudo?

—¿Eh...? ¿Qué decías...?

—¿Qué te ha pasado esta mañana?

—¡Ah...! Nada, nada, que la he tenido muy ocupada...

Por la forma de contestarle, un tanto ausente, William se fijó en él y le vio con un papel en la mano y pensativo.

—¿Qué te pasa, Stephen? ¿Malas noticias?

—¡Oh, no...! El que se encubre en el anonimato, ya demuestra su cobardía y por tanto no hay que hacer l menor caso.

—Pero..., ¿con qué lenguaje me estás hablando? ¿Te encuentras bien de la cabeza?

—Creo que me he expresado bien y por si te sirve de aclaración, toma y lee.

William cogió el papel que le entregaba su amigo y una vez leído, dijo:

—El mismo signo de la nota anterior.

—Eso parece.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo mismo que la vez anterior, como si no lo hubiera recibido.

—Hum...! Esto me da la impresión que es más serio de lo que imaginas.

—Lo único que me preocupa es con la rapidez que ha llegado la amenaza. Esta mañana he hablado con «el Gruñón» y le he confirmado mi deseo de seguir en el caso y ya ves que no han tardado nada en mandar la nota.

—Sí que es significativa la coincidencia.

—Y tanto.

—¿Qué crees tú, Stephen?

—La cosa está clara. Hay alguien relacionado directamente con nuestro jefe que se entera de todo o se vale de algún micrófono oculto.

—Hombre..., puede que mientras estuvierais hablando, entrara alguien...

—No, lo recuerdo bien. Tanto la vez anterior, como la presente, no nos interrumpió nadie mientras duró la conversación.

—A lo mejor habéis hecho algún comentario con alguien...

—Tampoco...

Stephen se interrumpió, para continuar:

—Bueno, por mi parte puedo afirmar que al producirse la primera amenaza, con el único que comenté la conversación fue contigo y ya obraba en mi poder la nota.

—Cierto.

—Ahora, sin extenderme en detalles y al preguntarme él, le he dicho al teniente Cooper que mañana saldremos para continuar la misión que creímos concluida.

—No creo que él...

—Yo tampoco, claro. Vengo a decirte todo esto como confirmación de mi sospecha de que hemos sido espiados, de lo contrario no hubiéramos recibido señales de desaprobación de quién o de quiénes sean que no les interesa se esclarezca la desaparición de seres humanos.

=Sí, te comprendo. Comparto de lleno tu teoría.

—Para una próxima vez, ya lo sé. Para tratar de algo relacionado con el caso, procuraré que la conversación no se efectúe en el despacho del general.

—Exacto, así podrás saber si es una realidad lo que tú sospechas.

Stephen, con la palma de la mano dándose contra la frente, exclamó:

—¡He sido un burro por no haberlo pensado antes...!

—¡Hombre...! No vayas a aumentar la plantilla de la tripulación, puesto que en ese caso precisaríamos un veterinario de cabecera para tu uso exclusivo.

—No es necesario, tú le puedes suplir a la perfección.

—Gracias por el alto honor que me concedes.

—No se merecen.

—Mira tú por dónde, por si faltaba poco con los pertrechos que llevamos a bordo, ahora tendremos que añadir las herraduras.

—Sí, que no se te olviden. Harán mucha falta, sobre todo para ti que coceas de lo lindo y las sometes a un excesivo desgaste.

—¡Ah...! Tampoco hay que olvidarse de los pienso.

—Lo único que pienso es aquello de que la cabra siempre tira al monte.

Ambos rieron de sus propias ocurrencias sin ofenderse por las indirectas.

Walter tomó la palabra cuando se serenaron:

—Bueno, y ahora en serio. ¿Has dicho que salimos mañana?

—Sí, eso quiero.

—¡Atiza...! Pues es la única tarde que nos queda para salir con las chicas.

—Así es.

—¿Has quedado con Shirley?

—Sí, nos veremos en el club.

—Yo tengo que pasar por Glenda.

—¿Por su domicilio...?

—Sí.

—¡Caramba...! ¡Compruebo que has adelantado mucho.

—La veteranía es un grado, ¡célibe...!

—En efecto, tienes razón, ¡viudo...!

Luego de ingerir su, refrigerio correspondiente y reposar su integral digestión, cada uno se dirigió a la espera de su respectiva dama.

Al buen rato de que Stephen permanecía en el club con cierta impaciencia por no aparecer Shirley, hizo acto de presencia su amigo William.

Stephen inquirió:

—¿Y Glenda...?

—Creí que estaría aquí con Shirley.

—Pues no han aparecido ni la una ni la otra.

—Es raro...

—Por lo menos, yo me separé de Shirley tan amigos.

—Lo mismo que yo de Glenda.

—¡Bah...! Seguramente se habrán entretenido con algo de mujeres.

—Esperemos que no tarden mucho. Una vecina me ha dicho que hacía ya rato que habían salido las dos juntas.

—Nada, lo que te he dicho... Cuando se reúnen dos mujeres para dedicarse a algo personal, pierden la noción del tiempo. Tú ya lo sabrás mejor, como veterano que eres.

—Sí, algo de eso hay.

Pero las horas fueron pasando y las muchachas no hicieron acto de presencia.

Stephen ya estaba más que impaciente y expuso sus pensamientos a William:

—Por lo visto han decidido darnos el esquinazo. Ya me he cansado de esperar.

—Hombre, ya hemos estado tanto rato, que un poco más...

—Nada, les concedo media hora. Como no hayan aparecido en este tiempo, me largo.

—De acuerdo.

—Tú harás lo que querrás, pero tomaduras de pelo, a mí no, de ninguna de las maneras.

—Ya te he dicho que de acuerdo. También me iré contigo.

Transcurrió el tiempo que había fijado Stephen y el resultado no sufrió variación alguna. Ni rastro de las dos jóvenes.

Decepcionados se dirigieron a su alojamiento, puesto que querían estar bien descansados ya que al día siguiente, a primera hora, tenían previsto emprender el vuelo.

Al llegar allí se encontraron con un pequeño paquete que contenía dos brazaletes de metal precioso e inalterable, de los que se utilizaban como identificación y por tanto de uso personal.

Iban acompañados de una nota:

«Coronel Simson: Tenemos en nuestro poder a dos jóvenes

llamadas Shirley Falk y Glenda Reed. ¿Las conoce...? Esto es por hacer caso omiso a nuestras advertencias. Para que compruebe que no mentimos, adjuntamos los brazaletes de identificación.»

Y como firma, el mismo signo de siempre.

—¡Canallas...! Con esto demuestran su condición, valerse de unas inocentes criaturas...

—¿Pero qué ocurre, Stephen?

—¿Lo que ocurre...? ¡Toma! ¡Ya podíamos esperar como un par de imbéciles...!

Dio unos pasos furiosos por la estancia, mientras que su amigo se enteraba de la nota y comprobaba los brazaletes posteriormente.

—¡Serán infames...! ¿Qué tienen que ver con ello las chicas? —manifestó indignado William.

—Nada tienen que ver, pero se han valido de ellas para ejercer una rastrera coacción.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Primero que todo ir a su alojamiento. Pudiera tratarse de un duplicado de brazaletes. Esa gente contará con todos los medios de falsificación y de quien se oculta en un negocio sucio, todo se puede esperar.

—Confiemos que sea como dices...

Se trasladaron, sin pérdida de tiempo, donde habitaban las muchachas, con la eventual esperanza de que estuvieran allí y todo aquello se tratara de una treta.

Llamaron y el resultado fue negativo. Insistieron una y otra vez sin que la entrada les fuera franqueada.

Recurrieron a quien estaba al cuidado de aquellos alojamientos y le instaron a que abriera el que correspondía a ambas jóvenes.

—Señores, yo no puedo facilitar el acceso a los alojamientos si no es por deseo de los interesados.

—Se trata de un caso excepcional. Poseemos razones para temer que les haya podido suceder algo desagradable.

—Aun así. Comprendan mi posición. A ustedes no les conozco y no me está permitido...

Los dos amigos se estaban impacientando ante la testarudez de aquella persona, aunque no dejaban de reconocer que cumplía con su obligación.

A Stephen se le ocurrió en aquellos momentos el medio para que quedaran salvaguardados los escrúpulos de aquella testaruda persona.

Le manifestó:

—Comprendemos su posición, pero también debe de entender la nuestra.

—Sí, parecen sinceros, pero...

Stephen no le dejó terminar:

—Mire, lo mejor que puede hacer es llamar a un representante de la ley y en su presencia, su responsabilidad quedará a salvo.

El conserje quedó dudando un momento y luego pareció satisfacerle la idea, al manifestar:

—Sí, será lo mejor...

CAPITULO VI

Todavía les tocó permanecer a la espera un buen rato, hasta que se presentó un oficial con dos agentes.

Stephen y William volvieron a exponer el caso y el deseo de penetrar en el alojamiento de Shirley y Glen-da.

Al término de su relato, el oficial les miró burlón y les preguntó:

—Señores... ¿No han parado en pensar que las muchachas quizá no desean saber de ustedes?

—Tenemos nuestras razones para creer todo lo contrario.

—Pero es que no se puede allanar una morada sin los procedimientos legales...

Sin poderse contener ya, intervino William:

—Oficial, en caso de que usted estuviera presenciando un asesinato en una vivienda, ¿recabaría los procedimientos legales para intervenir?

—Claro que no, actuaría inmediatamente.

—Pues en este caso, puede suceder algo similar.

Las palabras de William parecieron haber colocado a aquel hombre en un callejón sin salida ya que se le notaba debatirse en titubeos.

—Pero eso es mera hipótesis, ¿no?

A Stephen también se le terminaba la paciencia e impulsivo, expuso:

—Estamos perdiendo un tiempo precioso en palabrerías. Bajo mi responsabilidad, abran de una vez el alojamiento.

—Tendrá que cargar con las consecuencias que puedan derivarse.

—Ya le he dicho que me responsabilizo. Pero, por favor, no perdamos más tiempo.

—Está bien, está bien... Conserje, abra el alojamiento. Ya se atenderán a las consecuencias...

Nada más penetrar, los agentes, junto al conserje, se apostaron tras la puerta de acceso una vez que ésta se hubo cerrado.

El oficial permanecía a un paso de ellos.

En aquellas dos estancias, de que se componía el alojamiento, imperaba gran desorden, como si se hubieran recogido ropas con precipitación o mantenido una lucha.

Los dos amigos se miraron desolados al ver aquellos síntomas que confirmaban sus temores.

Pero ambos quedaron estupefactos, cuando al volverse, para decirle al oficial que tenían su fundamento para hacer abrir el alojamiento, se encontraron con que éste, sus dos agentes e

incluyendo al conserje, les estaban apuntando con sus armas.

El oficial, esbozando una risita diabólica, les manifestó:

—Habéis caído como incautos conejillos. Stephen se hizo cargo inmediatamente de la situación, no muy halagüeña por cierto.

Aquellos hombres no eran representantes de la ley, sino miembros de aquella organización.

En cuanto al conserje, era uno más de ellos y lo que le dio más rabia fue el permitirle que recabara la presencia de representantes de la ley, cuando tenía que haberlo hecho él personalmente.

Pero no eran momentos de lamentaciones, sino de actuar rápidamente y con sorpresa si querían salir de aquella situación comprometida.

El coronel Simson tuvo el acierto de establecer un código de palabras que al pronunciarlas determinaban una u otra acción y esto lo sabían todos los componentes de su tripulación.

Así, exclamó despreciativo:

—¡Sabandijas...!

Esto quería decir ataque personal.

Stephen, con un salto felino, alcanzó al que representaba ser el oficial. De forma fulgurante le aplicó un golpe que le desarmó y luego, como si de un muñeco de paja se tratara, lo lanzó contra el conserje y estrepitosamente ambos rodaron por el suelo.

William, no quedó a la zaga. De un solemne patadón alcanzó en el bajo vientre al agente que tenía más próximo, quien al inclinarse a consecuencia del dolor producido, con un potente puñetazo al mentón, le hizo incorporar y caer de espaldas sobre el otro agente.

Todo esto sucedía con la rapidez del rayo, de ahí que alcanzaran el resultado apetecido.

Los cuatro yacían en el suelo conmocionados y Stephen y William procedieron a recoger las armas.

Cuando fueron volviendo en sí, Stephen les ordenó:

—Permaneced quietos en la posición que estáis. Al menor movimiento sospechoso, no tendréis ocasión de repetirlo.

Esperó a que todos dieran señales de vida. Entonces, no exento de humorismo, les anunció:

—Ahora vais a hacer un poco de gimnasia... Uno a uno, os colocaréis frente a la pared sin tocarla, para luego flexionar el tronco y con las piernas separadas, hasta apoyar con las yemas de los dedos en el suelo...

Hizo una pausa para que fueran asimilando mejor sus palabras y continuó:

—Una vez hecho esto, flexionaréis los pies de modo que quede el talón al aire y únicamente sea la punta la que se apoye. ¿Entendido?

Contempló aquellos rostros un tanto extrañados por lo que

acababan de escuchar. Stephen tomó de nuevo la palabra: —Bien, entiendo que lo habéis comprendido. Empezaremos por ti, oficial. La categoría siempre es preferente...

Luego manifestó irónico:

—Te vas levantando con movimientos pausados, para colocarte frente a la pared y sin tocarla, adquirir la posición que he descrito. Esto que sirva de pauta para los demás.

William casi no podía contener la risa de la idea genial que se le había ocurrido a su amigo, pero no por ello dejaba de estar atento a cualquier movimiento sospechoso.

El llamado oficial efectuó el ejercicio solicitado.

Stephen, le rectificó:

—Casi perfecto, únicamente falta que eleves los talones. ¡Venga...! Eso es, así...

Luego, dirigiéndose a los demás, les comunicó:

—Que os sirva de modelo la posición perfecta de vuestro oficial. Y ahora, tú, conserje, que quizá te encuentres con dificultades por tu obesidad, pero eso te irá bien para rebajar grasas, que falta te hace...

El aludido se fue colocando hasta situarse en la misma posición y al lado del oficial, cosa que fueron realizando, sucesivamente, el uno y el otro agente.

El cuadro era para reírse. En primer plano, las posaderas de los cuatro hombres y en un plano posterior, a nivel más bajo y entre las piernas/, los rostros que ya empezaban a congestionarse.

En el lado opuesto, permanecían Stephen y William sentados en sendas butacas y con las armas en sus manos.

Stephen tomó de nuevo la palabra:

—Perfecto... La posición no os resultará muy cómoda que digamos... De vosotros dependerá el prolongarla o acortarla...

Se les notaba en aquellos hombres el esfuerzo que tenían que hacer para permanecer en aquella obligada posición.

El coronel, prosiguió:

—Quiero saber tres cosas: ¿Dónde están las señoritas Shirley y Glenda...? ¿Para quién trabajáis? Y por último: ¿Dónde tenéis el centro de operaciones o cuartel general...?

Efectuó una nueva pausa con toda la intención para que les pesara la postura en que se hallaban, añadiendo: —Vosotros tenéis la palabra... Mi amigo y yo no tenemos prisa alguna, estamos muy cómodos. Se os advierte que al menor desfallecimiento que os obligue a modificar la posición en que estáis, no dudaremos un instante en disparar las silenciosas armas que tan gentilmente nos habéis cedido... Y el blanco que presentáis es infalible... ¿No te parece, William?

—Ya lo creo, de los que no se desperdicia el proyectil...

El humor de los dos amigos no era compartido, ni mucho menos,

por aquellos cuatro hombres que ya tenían los rostros congestionados y se sentían fatigados por aquella postura estática.

Stephen les dirigió una mirada, comentando:

—Por lo visto se encuentran a gusto...

—Sí, eso parece ser...

Asintió William.

Pero la verdad es que ambos sabían que aquello no iba a durar mucho.

En efecto, uno de los agentes se desplomó de bruces.

Stephen, más bien para asustarlos y al mismo tiempo confirmar que su amenaza no era en vano, efectuó un disparo que pasó rozando la oreja del agente.

Este se incorporó con suma rapidez para adquirir la posición anterior a tiempo que gritaba:

—¡No puedo más...! ¡Esto es inhumano...!

—De ti depende exclusivamente —le aclaró una vez más Stephen.

—¡Yo no sé nada...!

—En tal caso, de quien lo sepa.

Ahora fue el conserje, quien más voluminoso que los otros tres, dio con su mole en el suelo respirando fatigado y altamente congestionado, a tiempo que gritaba: —¡No disparen, no disparen...! ¡Diré lo que sé...!

—De acuerdo. Permanece en el suelo, pero boca arriba. Queremos verte la cara.

El hombre obedeció lo que se le indicaba.

Tras concederle unos momentos de respiro, Stephen repitió la primera pregunta:

—¿Dónde están las señoritas?

Tragó saliva, antes de contestar:

—Están en este edificio.

William saltó impulsivo:

—¡Falso! A mí me dijo una muchacha que habían salido las dos juntas.

—Digo la verdad, señor. Quienes salieron fueron dos jóvenes ataviadas con sus ropas y debidamente caracterizadas.

—¿En qué lugar están?

—En el alojamiento contigo a éste.

Los otros ya no pudieron mantenerse más en aquella posición y se desplomaron en el suelo con los brazos y piernas extendidos.

—¡Que nadie se mueva de como está!

La recomendación fue cumplida por aquellos hombres que descansaban de su incomodidad.

—Por tu bien, espero que digas la verdad.

—Es como le he dicho, señor.

—Bien. Ahora otra pregunta: ¿Para quién trabajáis?

Un silencio absoluto en los cuatro hombres.

—Si no contestáis en tres segundos, volveréis a la posición anterior. Uno..., dos...

Fue el conserje quien con cara de susto, manifestó:

—Señor, yo no lo sé. A mí sólo me pagan por hacer los trabajos... Es el que va vestido de oficial el que me da órdenes y con el que he estado en contacto...

El aludido dirigió una mirada furibunda al conserje.

Eso no pasó por alto a Stephen y al mismo William. El primero, con voz plagada de amenazas, le conminó: —Ya has oído, oficial, o lo que seas. Espero tu respuesta.

—Yo tampoco sé nada. Actuamos por células y tenía órdenes de trasladarlos a...

—¿Adónde? Estoy esperando y te advierto que mi paciencia se está agotando.

—Al... alojamiento contiguo, junto a las chicas.

Stephen se quedó pensativo. Pudiera ser que le manifestara la verdad y como por otra parte estaba impaciente por liberar a las muchachas, decidió: —Pues bien, iremos todos a ese alojamiento, pero con los papeles cambiados. Así que, ¡en marcha y mucho cuidado con lo que se hace...!

Se fueron levantando bajo la vigilancia de los dos amigos que no dejaban de apuntarles.

—Mantened las manos tras la nuca. William, abre la puerta y que salgan uno a uno. ¡Andando!

Una vez estuvieron en el pasillo, Stephen ordenó:

—Id hacia el alojamiento. Y tú, conserje, con una mano abre la puerta.

Así lo hizo.

—¡Adentro...!

Penetraron los cuatro hombres y ya iba a hacerlo William, cuando Stephen descubrió que entre la hoja de la puerta que encaraba al acceso del alojamiento y el marco de la misma, se destacaba el cañón de un arma.

Su reflejo fue rápido. Dio un empujón a William que perdió el equilibrio apartándose de la puerta, al tiempo que Stephen se tiraba al suelo con las armas empuñadas.

Sus sordos disparos se confundieron con otros tantos procedentes de aquella puerta y vio como los cuatro hombres se desplomaban.

Con agilidad se levantó, alcanzando a ver por aquella puerta entreabierta de la que efectuaron los disparos, la silueta de una mujer.

Saltó por encima de aquellos cuerpos que interceptaban la entrada y seguido también por William penetró en aquella habitación.

Allí no había nadie, pero en la alfombra que cubría el piso existían unas gotas de sangre que conducían a otra puerta.

Se colocaron a ambos lados y de un patadón la abrió sin encontrar persona alguna, únicamente el rastro de sangre que conducía al ascensor particular de la vivienda.

El indicador de la marcha era de ascenso. Stephen pulsó el interruptor de parada, pero el ascensor seguía su camino.

Sospechó que lo habían inutilizado y rápidamente le indicó a William:

—Quédate vigilando. Yo voy al otro ascensor.

Salió de aquel alojamiento y se dirigió al primero que ocuparon, para introducirse en el ascensor y dirigirse a la azotea.

Una vez allí, con desesperación comprobó que su sospecha era una realidad.

Un vehículo terminaba de elevarse, alcanzando a ver que iba ocupado por cuatro personas, un hombre que lo pilotaba y tres mujeres.

Una de éstas, daba muestras de gran dolor y las otras dos..., las otras dos le pareció reconocer, sin poderlo asegurar, que se trataba de Shirley y de Glenda.

En aquel aparcamiento aéreo había otros vehículos y su intento de ocupar uno y salir en persecución de aquel, se vio frustrado al comprobar que estaban cerrados.

La cabina del ascensor situada al lado de la que él ocupó, permanecía abierta y en el suelo un charco de sangre y una cartera voluminosa de uso personal, con bandolera.

Era evidente que por lo menos un disparo de los suyos alcanzó a aquella mujer que se dio a la fuga, puesto que las gotas de sangre seguían hasta el lugar que ocupara el vehículo aéreo antes de partir.

Naturalmente, recogió la cartera, se introdujo de nuevo en el ascensor y descendió al alojamiento de las muchachas para luego pasar al contiguo.

William permanecía allí de guardia y nada más verle, le notificó a Stephen:

—Todos muertos. Gracias por salvarme la vida.

El coronel Simson pasó por alto aquella gratitud, puesto que sabía positivamente que su amigo, dado el caso, hubiera hecho lo mismo por él.

—¿Has conseguido algo, Stephen?

—Nada... Únicamente esta cartera. Cuando llegué a la azotea, habían emprendido el vuelo.

Deliberadamente silenció que le pareció reconocer a las muchachas, puesto que tenía sus dudas.

—Vamos a ver si en sus bolsillos hay algo que nos pueda aclarar

este embrollo. Naturalmente, supongo que habrás registrado el alojamiento sin hallar a Shirley y a Glenda, ¿no es eso?

—En efecto, así ha sido. ¡Pobres muchachas...!

—Lo que siento es que se hayan visto envueltas en esto por mi culpa...

—Y por la mía, Stephen. No olvides que formo parte de la tripulación y por añadidura somos íntimos amigos. Se ve que esos tipos están bien informados, —Sí, seguramente.

Procedieron a registrar los cadáveres sin hallar algo que pudiera aportarles alguna luz para el esclarecimiento de aquel asunto.

Sólo encontraron, en cada uno de ellos, una tarjeta con las instrucciones del trabajo que tenían que realizar y todas ellas llevaban el mismo signo cabalístico igual al de las notas que recibió el coronel Stephen Simson.

—¿Nos las llevamos?

—No, William. Las dejaremos para que el departamento de justicia investigue. Ahora sólo nos queda avisar para que se hagan cargo de ellos.

Así lo hicieron, pero todavía les tocó permanecer allí un buen rato para relatar lo que había sucedido y solicitar de la policía que silenciaran aquel hecho.

Stephen no mencionó lo de la cartera, le interesaba ver su contenido por sí mismo. Si encontraba algo que pudiera servir a la policía, ya se lo comunicaría.

Más tarde, los dos amigos abandonaron aquel edificio en el que quedó descartada toda esperanza de dar con las jóvenes.

CAPITULO VII

Lo primero que hizo Stephen, en presencia de Walter, fue proceder a abrir la cartera en cuanto llegaron a su común alojamiento.

Iba ya a hacerlo, cuando le asaltó una sospecha. Miró y remiró la cartera con atención, como si no hubiera visto una en su vida, para luego permanecer pensativo.

Walter, ante su pasividad y quizá influenciado por su mal humor de no haber encontrado a las muchachas, le preguntó un tanto desabrido: —¿A qué diablos esperas?

—Pues que los diablos no estallen y nos hagan pedazos, cabeza de chorlito.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído.

—No entiendo.

—Claro..., tú únicamente entiendes de reconocimientos en cuerpos humanos y si se trata de una mujer potable, te esmeras en la auscultación, la percusión, la palpación... En fin, todo eso que termina en ón.

—¡Oye, oye...! No permito que pongas en entredicho mi celo profesional. En esos momentos sólo actúa el médico. El hombre, hombre, queda en segundo término.

—Bueno, bueno, no vayamos a liarnos en una discusión sobre moral médica, cuando nuestros pellejos penden, y nunca más apropiada la palabra, de un simple hilo.

—Pero, ¿por qué?

—Mira, William... Esta cartera salta a la vista que no es tan corriente como aparenta. Cuando no hay nada que ocultar o contenga algo de valor, lo más natural es que permanezca abierta. ¿No es eso?

—Sí, claro.

—Pues ésta está cerrada y nada menos que con doble cerradura, por lo que deduzco que una es el dispositivo de seguridad que impide la acción del detonador que estará en relación directa con la otra.

—¡Chico, me asombras...! ¿Quieres decir que...?

—Sí, eso quiero decir. O mucho me equivoco o esta cartera alberga un dispositivo que estallará en caso de ser abierta por manos extrañas.

—¡No me digas...! ¿Y la vas a abrir...?

Inquirió William tragando saliva.

—Pues claro que sí.

—Pues espera a que vaya encargando unas flores para tus hermosos pedazos...

—¡Un momento! No te vas de aquí. Necesito tu colaboración.

—¡Pero Stephen...! Yo todavía tengo mucho que hacer en esta vida y te prometo guardar eternamente un grato recuerdo de mi mejor amigo...

—Siempre pasa igual, medicucho inmundo... Cuando se ha tratado del pellejo de los demás, no has dudado en aplicar tus artes de tortura, pero siendo el tuyo el que está en peligro, entonces te bates en retirada.

—¡Hombre...! Cada uno defiende lo suyo, ¿no?

—Buenos, basta ya de tonterías. Trae tus rayos X portátil.

Walter fue a por lo que le había solicitado Stephen.

—Ahora vamos a reconocer esta «inofensiva» carterita...

En la pantalla fluorescente aparecieron unas sombras bien definidas que podían corresponder a un arma, otros objetos y principalmente en la parte izquierda de la cartera, según se la miraba por la cara anterior, les llamó la atención algo alargado del que partían dos hilos conectados con la cerradura superior y con una derivación a la inferior.

—¿Ves esto...?

—Sí.

—Pues esto es la carga explosiva.

—¡Atiza...! Menos mal que no se nos ha ocurrido abrirla...

—Si hubiéramos forcejeado la cerradura, tanto la una como la otra, al no disponer de las llaves correspondientes, los electrodos se pondrían en contacto y adiós cartera y quien o quienes estuvieran a su lado.

—¿Y cómo te las vas a arreglar?

—Pues de un modo muy simple, seguiremos con la operación utilizando tus utensilios. Dame un bisturí y unas tijeras. Si tenemos la suerte que el mecanismo no esté sometido a control remoto, en un momento estará abierta.

—Anda, pues toma, toma... Acabemos cuanto antes con ese juegucito.

Stephen, con sumo cuidado, efectuó una incisión con el bisturí por donde pasaba un hilo y lo más próximo a la carga explosiva.

Tuvo que centrar sus cinco sentidos ya que, dada la proximidad de ambos hilos, al menor descuido cerraría el circuito y de nada hubieran valido sus esfuerzos.

Una vez logró ponerlo al descubierto, con ayuda de la tijera lo cortó y ya, con más tranquilidad, procedió a efectuar la misma operación con el otro hilo.

En un momento saltaron las cerraduras y procedió a extraer el fulminante de la carga.

Luego, dando un profundo suspiro, manifestó:

—Hemos tenido suerte, porque... también lleva control remoto.

William exhaló un suspiro de complacencia.

—Y ahora, veamos con tranquilidad su contenido.

Extrajo de su interior un arma, seguramente la utilizada contra ellos, pero que gracias a sus reflejos, les costó la vida a aquellos cuatro sujetos.

Luego un diminuto emisor-receptor, otros objetos sin importancia y lo más relevante fue hallar un mapa y junto al mismo unas anotaciones que estarían en clave, puesto que allí se barajaban palabras, cifras y signos.

—¿Has encontrado algo que valga la pena, Stephen?

—Creo que sí... Este mapa y el escrito, pueden resultar de sumo valor.

—¿Qué dice el escrito?

—Es lo que quisiera saber... Tendremos que recurrir a la computadora de claves.

—¿Tú crees que esto nos puede dar alguna luz sobre el asunto?

—Casi lo aseguraría.

—¿Pues a qué esperamos? Estoy preocupado por la suerte que puedan correr las muchachas.

—¿Y tú crees que a mí no me preocupa...? Pero no podemos ir a tontas y a locas, tenemos que saber el camino a seguir y sospecho que esto nos lo proporcionará, el mapa junto a estos garabatos.

Stephen, poniéndose súbitamente de pie, le dijo a William:

—Vámonos a la base, a la sección de computadoras.

—Pero a estas horas no habrá nadie.

—No importa, me ocuparé de ello yo mismo.

Stephen era un experto en la materia. Entre otras especialidades, ésta le apasionaba y en más de una ocasión tuvieron que recurrir a su experiencia resolviendo casos que parecían difíciles de solucionar.

En efecto, no había nadie. El personal gozaba de sus horas de descanso.

Stephen tenía libre acceso a aquel departamento donde se descubrían y guardaban muchos secretos.

Aquello constituía un alarde en electrónica; por doquier, aparatos de los más sencillos a los más complicados sistemas y alto grado de precisión.

Sometió a la computadora o cerebro electrónico a varias programaciones, a tiempo que él iba tomando nota de los resultados acompañado de la presencia silenciosa de William que se consumía de impaciencia.

Al fin, Stephen comprobando sus notas con aquel escrito en clave y el mapa, exclamó jubiloso:

—¡Ya lo tenemos, William...! La cosa está clara.

—¿Sí?

—Mira, aquí citan la operación llevada a cabo y que les ha salido bien, en lo referente a la captura de las muchachas por considerarlas nuestras novias. Lo que les ha fallado ha sido el apoderarse de nosotros. Citan a un enlace aquí en la base, por eso están enterados de todo cuanto he hablado con el comandante general.

—¿Y quién es?

—Eso se tendrá que averiguar.

—¿Qué más has descubierto?

—Que una vez apresados nos trasladaría por vía aérea al punto de concentración, que he marcado en el mapa, para remitirnos al planeta y no servirles de estorbo. En cuanto al planeta, no especifican nombre.

—¿Así, tú crees que a Glenda y Shirley las habrá llevado ahí donde has señalado en el mapa?

—Sin lugar a dudas. También con esto se confirma la desaparición de muchachas y jóvenes.

—Sí, claro.

—No tenemos tiempo que perder. Con estos datos vamos a entrevistarnos con «el Gruñón» para que nos autorice a levantar el vuelo inmediatamente.

—¿Pretendes entrevistarte con él y en su alojamiento ¿particular?

—Claro que sí. El caso lo requiere y de este modo evitaré posibles interferencias, puesto que ya sabemos ¿positivamente que cuentan, por lo menos, con un espía en la base que les pone al corriente de todo.

—Sí, tus razonamientos los comprendo a la perfección. Ahora sólo falta que los entienda «el Gruñón» o quiera entenderlos.

Se presentaron en el alojamiento del comandante general, jefe de la base, y solicitaron ser recibidos.

Al cabo de un rato, comparecían ante él.

Como era de esperar, el recibimiento no fue muy efusivo.

—¡Contra...! ¿Es que uno está condenado a no poder disfrutar de sus horas de asueto? ¿No podíais esperar a mañana? ¡Contra! No dejáis vivir a uno tranquilo, sobre todo tú, coronel... De un tiempo a esta parte te has convertido en mi pesadilla.

William miró a Stephen, como recordándole:

«¿No te lo decía yo...?»

Pero Stephen no se inmutó:

—Señor, si las especiales circunstancias no lo exigieran, no nos hubiéramos atrevido a turbar su merecido reposo.

—¡Contra! No me vengas ahora con pamplinas y al grano. ¿Qué queréis?

—Despegar inmediatamente.

—Permiso denegado.

—Señor...

—Ni hablar. Y me viene muy bien tu visita, puesto que mañana te tenía que anunciar que la operación quedaba cancelada definitivamente.

Stephen se quedó de piedra, al igual que William. Con aquello no contaban y ahora, más que nunca, precisaban seguir adelante.

El coronel Simson no se desanimó y volvió al ataque:

—Señor, permítame que le relate lo sucedido y lo que hemos llegado a descubrir. Luego usted dirá su última palabra.

—Muchacho, si no te conociera bien, diría que eres un obstinado cabezota. Por otra parte, ya sabes mi modo de pensar y que detesto las injusticias, las presiones y la política.

—Sí, señor. Como lo sé, por eso me atrevo a insistir.

—Pues adelante. Te escucho.

Stephen comenzó a relatarle lo de las amenazas recibidas, señalando la coincidencia que se produjeron luego de hablar con él.

Esto sacó de sus casillas al jefe de la base:

—¡Contra...! Lo que más detesto en este mundo son las traiciones, puesto que esto es una traición con todas las reglas... Juro no descansar hasta descubrir al culpable...

Acompañó a su juramento con un impulsivo puñetazo sobre la mesa.

Luego, encarándose de nuevo con el coronel, le preguntó:

—Y tú, ¿por qué no me pusiste en antecedentes desde el primer momento?

—Por considerarlo algo sin importancia y mera coincidencia.

—Pues ya ves que estabas en un error, muchacho.

—Sí, lo reconozco. Pero aún hay más.

—¿Todavía más?

—Sí, señor.

El comandante general Robert Powell se hallaba ya vivamente interesado en lo que pudiera manifestarle Stephen.

Con intervenciones esporádicas de William, para confirmar las palabras de su amigo, le fueron describiendo el rapto de Shirley y Glenda, el intento de hacer lo mismo con ellos y por fin, el descubrimiento de lo que contenía la cartera.

El jefe de la base quedó altamente impresionado y al cabo de un momento, comentó:

—Esto es más grave de lo que suponía...

—De este modo lo consideramos, señor.

—Y esas muchachas... ¿Verdaderamente os interesan?

—Sinceramente, así es, señor. Por otra parte, aun sin estar ellas por medio, es un atropello con el que hay que terminar como se

ordenó en principio.

—Dices bien y comparto tu teoría. Ya lo sabes.

Se quedó un rato pensativo y luego dio otro puñetazo sobre la mesa, acompañándolo de su exclamación favorita: —¡Contra...! Pero no se saldrán con la suya... Este negocio, por lo visto, debe ser muy lucrativo y tienen que estar por medio algunos peces gordos...

—Eso sospechamos, señor.

—Habéis tenido buen acierto al venir aquí para ponerme al corriente de este enredo, muchachos. De este modo, el espía o espías, se quedarán con un palmo de narices.

—En efecto, así lo hemos considerado.

—Bueno, muchachos... Como quiera que esta orden de cancelación os la tendría que comunicar mañana, yo no os he visto...

Hizo una pausa y esbozando una sonrisa, les recomendó:

—Procurad no dormiros y despegar antes de que yo llegue. Extraoficialmente podéis contar con mi apoyo y confío en que la suerte os acompañe. Tenedme al corriente con mi clave particular. Tú ya la sabes, coronel.

—Gracias, señor. Así se hará.

Y tras sendos apretones de manos, se despidieron.

CAPITULO VIII

Luego de haber reunido a la tripulación y teniendo la astronave dispuesta, a primeras horas de la mañana siguiente les fue posible despegar.

Antes de efectuar el despegue, con todos a bordo de la nave, el coronel Stephen Simson, les habló:

—Nadie de ustedes ignoran mi costumbre de exponerles lo que vamos a realizar. En esta ocasión, voy a añadir algo más.

La tripulación escuchaba atenta a su coronel.

—La misión que vamos a emprender es extraoficial, lo que quiere decir que no contaremos con apoyo alguno. No les voy a ocultar que puede encerrar muchos riesgos y aparte de pretender desarticular una potente organización, debo de señalarles que también es una cuestión personal que atañe concretamente al capitán Mayllor y a mí.

Hizo una pausa y añadió:

—Con esto quiero decirles que quien quiera renunciar, puede hacerlo en estos momentos y quedarse en tierra con entera libertad. No se lo tendré en cuenta por considerar que es una operación voluntaria. Disponen de un minuto para abandonar la nave.

Pero transcurrieron los sesenta segundos y nadie se movió de su lugar.

El coronel Simson, satisfecho del comportamiento de su tripulación, dijo:

—Gracias. Y ahora, en marcha.

La astronave se estremeció en principio, para luego ir elevándose con suavidad y progresivamente fue aumentando su velocidad.

Al poco tiempo se hallaban sobre la zona de Lamento de los Riscos y pudieron comprobar que aquel astródromo seguía inactivo a consecuencia del ataque que realizaron.

El coronel Simson, que estaba pendiente en aquellos momentos del mapa que tenía ante él, comunicó:

—Teniente Cooper, fije rumbo diez grados Este.

—Sí, señor.

—Sargento Tyler, permanezca a la escucha y comuníqueme cualquier emisión que le parezca rara.

—A la orden, señor.

En aquellos instantes hizo acto de presencia el capitán médico William Mayllor.

—¿Cómo va eso, Stephen?

—Por ahora sin novedad. Nos vamos aproximando al punto clave, lo que se conoce por Imperio del Renegado.

—¿Y por qué lo llaman así?

—Según cuenta la tradición, hubo un hombre con ansias de poder sin parar en medios para satisfacer su ambición. Naturalmente, sus ambiciones fueron cortadas y el juez que vio la causa, considerando que la muerte sería demasiado buena para aquel desalmado, le confinó en ese lugar inhóspito, con temperaturas extremas y rodeado de altas y perpendiculares montañas, cuyo único acceso, en aquellos tiempos, era descolgarse o trepar con la ayuda de una larga cuerda.

—Pues sí que era refinado el juez...

—Dicen que al pronunciar la sentencia manifestó: «Si has querido un imperio, lo tendrás y renegarás del mismo». Y según citan que cuando las ráfagas de viento invernal llegaban al poblado más próximo, entremezclado con su aullar, se oían las maldiciones del condenado.

—¿Y crees que ahí estarán esos otros condenados?

—Esto lo sabremos más tarde.

En este, preciso instante, el sargento Tyler comunicó:

—Coronel, he captado una emisión. Se la paso por si resulta de su interés.

—Está bien, Tyler.

Conectó la cinta magnética en que había registrado la emisión y a las primeras de cambio, Stephen extendió una cartulina ante él y ordenó: —Sargento, empiece de nuevo.

—Sí, señor.

Stephen iba tomando nota en un papel comprobando, de vez en cuando, la cartulina, a tiempo que iba escuchando.

Cuando terminó la grabación, manifestó:

—Buen trabajo, Tyler. Siga a la escucha.

—Gracias, señor. Así lo haré.

El coronel, dirigiéndose a William, comentó:

—Me temo que tendremos que efectuar algunas reparaciones en nuestro alojamiento... si no llegamos a tiempo de evitarlo.

—¿Por qué?

—Escucha lo interceptado:

«Aquí Zodiac, aquí Zodiac... Comprobar efectos explosión cartera especial posible alojamiento coronel y capitán. Caso negativo, colocar carga. Cambio.»

—Pues menos mal que estamos lejos de allí... Esta gente se ha propuesto hacernos fosfatina.

El teniente Cooper les oía hablar sin entender nada de aquella conversación.

Stephen, continuó:

- Aún hay más.
- ¿Todavía más?
- Sí, atiende:

«"Zodiac" a Z-11, "Zodiac" a Z-11... Sabotaje nave coronel impida vuelo. Cambio.»

—En esto han llegado tarde. ¿Qué piensas de todo ello, Stephen?

—Permíteme que demore la contestación a tu pregunta. Antes he de comunicarme con el comandante general Powell.

Él en persona, cogió el transmisor y en clave especial y directa, comunicó las novedades, añadiendo:

«Vigile alojamiento deteniendo sospechoso. Coloque nave similar en nuestro hangar. Agente base responde a Z-11. Suerte. Coronel.»

El teniente miraba a uno y otro sin atreverse a preguntar sobre aquello que ambos hablaban.

Stephen, comprendiendo su curiosidad, a grandes rasgos, se lo explicó.

Thomas Cooper se quedó asombrado y preguntó:

—Esas chicas que han secuestrado, ¿son las mismas que estuvieron con ustedes en el club?

—Sí, las mismas. ¿Y cómo sabe que estuvimos en el club?

—Porque les vi allí. Estaba con otra chica.

—Sí, claro... Lógico.

William comentó:

—Pues hombre, si nos la hubieras presentado habrías compartido nuestra mesa.

—Ya se lo dije, pero ella no quiso.

Este detalle les pasó por alto, sin concederle importancia, pero del que más tarde se tendrían que acordar.

—Aún no me has contestado a la pregunta que te he hecho, Stephen.

—¡Ah, sí...! Pues la cosa está clara, William. Seguramente, la persona a quien pertenecía la cartera y fuera ya de la preocupación o gravedad que pudo ocasionarle la herida, ha notado en falta el objeto de su pertenencia.

—Claro, y entonces habrá tratado de destruirla.

—Exacto. Aunque no tiene la certeza, sospecha que ésta cayó en nuestro poder, de ahí que recabe la confirmación de su explosión.

—Eso está comprendido. Pero lo de que en caso contrario procedan a colocar una carga en nuestro alojamiento...

—Esto puede ser por dos cosas: El que teman que, por cualquier

causa, el mecanismo no haya funcionado y esté todavía sin abrir o por simple venganza a nuestra intervención dando al traste con la consecución de sus planes.

—Y sea de un modo o de otro, de esta forma aseguran su objetivo principal, o sea, el que la cartera desaparezca con su contenido.

—Perfectamente. En cuanto al sabotaje de la nave, habrán pensado que haremos lo posible por averiguar su paradero y por alguna razón, no les interesa que les molestemos.

Pareció como si hubieran escuchado las palabras del coronel Stephen Simson y desearan corroborar su teoría.

El sargento Tyler anunció:

—Coronel, conecto mensaje interceptado.

—Gracias, sargento. Estoy dispuesto. Stephen fue anotando a tiempo que sus facciones se contraían de un modo ostensible.

Luego, manifestó:

—Aquí tienes la respuesta, William.

El aludido tomó el papel y leyó:

«Aquí "Zodiac". Dispuesto despegue hora prevista con mercancía a bordo. También invitadas de honor. Cambio.»

—¡Malditos...! Y las invitadas se referirán a Glenda y Shirley, ¿no?

—Eso me temo.

—¿Llegaremos a tiempo?

—Depende de cuándo sea la hora prevista.

—¿Falta mucho para llegar al Imperio del Renegado?

—Bastante. Teniente Cooper, imprima la máxima velocidad y no se desvíe un ápice.

—A la orden, señor.

—Sargento Tyler, conecte el neutralizador de campos magnéticos. De esta forma podremos acercarnos sin que detecten nuestra presencia.

—Cumplida la orden, señor.

La nave surcaba rauda el espacio acortando la distancia que les separaba del objetivo.

Cada segundo, representaba para ellos un tiempo precioso.

El coronel decidió hacerse cargo de pilotar la nave para descansar al teniente, circunstancia que éste aprovechó para salir de la cabina.

William se fue a su pomposo quirófano, como él llamaba, aludiendo jocosamente a la falta de espacio.

Por el camino se encontró con el sargento Tyler todo nervioso.

William se interesó:

—¿Le pasa algo, sargento?

—Nada, «doc» May. Es que ha dejado de funcionar el neutralizador de campos magnéticos y he ido a repararlo.

—¡Válgame el cielo...! ¿Se ha enterado el coronel?

—Por fortuna, no. Pero de todos modos, le daré la novedad puesto que no es normal lo sucedido.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo tiempo, «doc». Ya se lo dirá el coronel, si quiere. He de dedicar la atención a mi puesto.

William se encogió de hombros y prosiguió su camino.

Al poco, el teniente Cooper se incorporó de nuevo a la cabina de mandos ocupando su asiento.

Fue entonces cuando el sargento llamó a Stephen:

—Señor, he de comunicarle que el neutralizador ha sufrido una avería momentánea.

—¿Pero la ha reparado?

—Sí, señor.

—Entonces, esperemos que no haya tenido consecuencias.

—El caso, señor, es que la avería tengo mis dudas de si ha sido provocada deliberadamente.

—¿Qué...? ¿Está seguro, sargento?

—Ya le he dicho que tengo mis dudas.

—Dígame lo que ha pasado.

—Comenzó a funcionar bien cuando usted me lo ordenó. Posteriormente, se encendió el piloto automático indicando en el diagrama el lugar de la avería. Había un puente establecido entre los emisores contrapuestos y por tanto su funcionamiento era nulo.

—Está bien. Más tarde me lo enseñará personalmente.

—Como quiera, señor.

Stephen no quiso manifestar su contrariedad abiertamente por aquel incidente, insignificante a simple vista, pero que podría ser de gran envergadura.

Por de pronto ya se suscitó en su mente la posibilidad de la existencia de un traidor entre los componentes de la tripulación.

Concretamente, dirigió una mirada de soslayo a su copiloto teniente Cooper, dedicado en aquellos momentos a comprobaciones.

Pero no, no podía emitir un juicio de culpabilidad, aun mediando la circunstancia que él se ausentó de la cabina de mando por unos momentos.

Sus pensamientos fueron cortados por la voz de Tyler en sus auriculares:

—Señor, otro mensaje interceptado.

—Póngamelo en seguida, sargento.

Lo estuvo escuchando y descifrando con rapidez. Decía:

«Aquí "Zodiac". Detectado cuerpo sospechoso. Dentro quince minutos despegamos. Corto.»

—Teniente Cooper, dígame el tiempo que tardaremos en llegar al objetivo.

Hizo unos rápidos cálculos y contestó:

—Catorce minutos, señor.

—Demasiado tarde...

—¿Pasa algo, señor?

—Y tanto... Se nos van a escapar en nuestras propias narices. Y todo por culpa...

El furor le invadía, pero se controló para no decir lo que en realidad era una simple sospecha.

CAPITULO IX

Stephen aceleró los motores al tope y transcurridos cinco minutos, hizo llamada general advirtiéndolo:

—Que todos ocupen sus puestos.

Luego ordenó a Cooper:

—Conecte el telescopio sincrónico con la pantalla.

Así lo hizo y la gran pantalla se iluminó resaltando las cuadrículas formadas por abscisas y ordenadas.

La imagen que aparecía era todavía lejana, pero se podía apreciar una llanura bordeada por altas y cortadas montañas formando, poco más o menos, una circunferencia, en cuya área se iban definiendo instalaciones.

—Teniente, amplíe la cuadrícula 6,5-12.

—Sí, señor.

—¿Tiempo que nos resta por llegar?

—Ocho minutos, señor.

—¡Cáspita... y este cacharro no da más de sí...!

Masculló Stephen impaciente.

La imagen en la pantalla ya era clara, incluso se podían apreciar los rostros.

Varios hombres jóvenes y muchachas, se iban albergando en la nave bajo la dirección o vigilancia de otros.

De pronto se quedó en suspenso. En el fondo aparecían tres muchachas...

En dos de ellas le pareció reconocer a Shirley y a Glenda. La tercera le resultaba desconocida, además llevaba la cabeza y medio rostro cubierto por un vendaje.

Llamó a su amigo:

—William..., ven inmediatamente a la cabina de mando.

—¿Qué pasa?

—No hagas preguntas y corre.

A los pocos segundos estaba reunido con Stephen.

El coronel, tan pronto hizo acto de presencia, le indicó señalando la pantalla:

—Mira esto...

La imagen ya aparecía más ampliada.

William se quedó con la boca abierta, para luego exclamar sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos: —¡Si son Glenda y Shirley...!

El teniente Cooper se fijó más y corroboró las palabras del capitán médico:

—Sí, son las señoritas con quien les vi...

—En efecto, son ellas... William..., no te lo quise decir por no tener la certeza, pero cuando llegué a la azotea de su alojamiento, ellas iban en el vehículo que despegó.

—¡Qué lástima...!

—Por la fracción de unos segundos...

Las muchachas mostraban cansancio y preocupación en sus rostros, camino de la nave,

—Stephen, ¿y no podemos hacer nada...?

—Imposible de llegar a tiempo. Por otra parte tendríamos que utilizar métodos contundentes para evitar el despegue y con ello, no solamente pondríamos en peligro la vida de ellas, sino la de todos los demás infelices que han conducido a bordo.

Ahora, en primer plano, se las veía ascender a la nave espacial.

El teniente se quedó contemplando aquel medio rostro que quedaba libre de vendajes de la tercera muchacha y que caminaba en último lugar.

Le recordaba a alguien, pero con aquel atavío...

Al segundo exclamó para sí, en voz baja:

—¡Sí, claro...! ¿Será Daw...? Pero no, no puede ser...

—¿Decía algo, teniente?

—Nada, nada, señor...

En aquellos momentos la puerta de acceso a la nave se cerró, una vez fue franqueada por las tres muchachas.

A los pocos segundos, la nave en cuestión fue ascendiendo.

William no se pudo contener:

—¡Stephen, que se las llevan...!

—Ya lo veo, pero te repito que no podemos hacer nada.

—Pero...

—Hay que rendirse a la evidencia, William. Cuando haya tomado altura y alejada del astródromo, procuraremos alcanzarla y apresarla. Con un poco de suerte, le interceptaremos el paso.

Pero la nave aquella no era del tipo «wholpi», sino de un último modelo que igualaba en velocidad de crucero a la que tripulaba el coronel Simson, aunque la de éste aventajaba a la otra en armamento y maniobrabilidad.

Por eso, su empeño en interceptarle el camino se vio fallido y la nave que llevaba a las muchachas y a las otras personas que embarcaron, iba subiendo más y más hasta abandonar la atmósfera terrestre.

Stephen, comentó desalentado:

—No podemos darle alcance... Lo único que podemos hacer es seguirle el rastro que nos conducirá a su destino.

William quedó un tanto decepcionado, pero no le quedó otro

remedio que permanecer a la espera de acontecimientos.

Al teniente Thomas Cooper, no se le iba de la mente aquella joven con la cabeza y medio rostro vendados...

Si verdaderamente pertenecía a Daw, ¿qué papel podía jugar en todo ello...?

De las otras dos muchachas, ya conocía las causas. Pero... Entonces le vino a la memoria las preguntas de Daw sobre aquellas chicas que acompañaban su jefe y el capitán médico y el que ella rechazara de plano el ser presentada.

¿Se lo debería decir al coronel Simson...? Pero no, no tenía la seguridad de que fuese ella y aun, en caso afirmativo, también podía ser otra víctima más del reclutamiento que efectuaban aquellos desaprensivos.

*

El coronel Stephen Simson decidió poner en conocimiento del comandante general Powell, el descubrimiento del nuevo lugar de operaciones de aquella banda y que procediera según su criterio.

También le notificó que se disponían a seguir la nave donde viajaban las muchachas y otras personas.

Una vez terminado su informe, transmitido en clave personal, comunicó a la tripulación que tomaran las medidas oportunas para un crucero interplanetario y que de un momento a otro iban a dejar la atmósfera terrestre.

A poco se hallaban ya navegando por el espacio cósmico, sin perder contacto con la nave objeto de su persecución.

Cruzaron la órbita de Marte, salvaron la mayor concentración de asteroides, zona muy peligrosa para las naves espaciales, ya que eran frecuentes las colisiones con pequeños astros que solían acarrear fatales consecuencias.

Los astronautas habían bautizado esta zona como Arrecifes Coralinos del Espacio o Cementerio de Astronaves.

Cruzaron todo el espacio que comprendían los planetas denominados superiores[1], para dejar atrás el Sistema Solar y adentrarse en otra galaxia.

La monotonía fue la tónica imperante, hasta que detectaron la masa de un planeta y cómo la nave perseguida se dirigía hacia allí.

Stephen tuvo que hacer uso de los retrocohetes para frenar la velocidad que como consecuencia de la atracción de aquel desconocido planeta ejercía sobre su astronave; les permitía de este modo, seguir manteniendo la distancia sin ser descubiertos.

El teniente Cooper indicó:

—Señor, parece que ese planeta tiene una atmósfera similar a la

nuestra.

—Sí, por lo menos en apariencia.

La nave perseguida se introdujo en aquella zona más densa y a poco ellos hacían lo mismo tomando las oportunas preocupaciones, tanto tácticas como técnicas.

El panorama que se reflejó en la pantalla, les dejó gratamente sorprendidos. Mostraba un aspecto similar al planeta Tierra.

El coronel Stephen Simson manifestó:

—Ahora lo único que nos queda, es averiguar el lugar de aterrizaje y dónde podremos hacerlo nosotros.

Luego, dirigiéndose a Tyler, le ordenó:

—Sargento, explore los alrededores de donde aterrice esa nave y lugar que podamos efectuarlo nosotros sin ser vistos.

—Sí, señor.

El sargento Tyler hizo uso de sus aparatos de observación, a tiempo que la nave perseguida tomaba tierra en medio de un claro de un extenso bosque respaldado por una alta montaña.

La formación de unas nubes les permitió acortar la distancia y gracias al telescopio sincrónico con el radar y conectado a la gran pantalla, pudieron ver lo que sucedía allá abajo.

Entre seres humanos normales, había otros de extremidades superiores e inferiores sumamente cortas. Por lo demás, cuerpo y cabeza eran corrientes.

Un grupo de estos últimos parecía formar el comité de recepción y fueron saludando a los «viajeros» con naturalidad a medida que iban descendiendo de la nave y los dirigían a un pabellón situado entre la arboleda.

Con impaciencia, Stephen y William esperaban ver aparecer a las muchachas, que lo hicieran en último lugar.

El aspecto de Shirley y Glenda era de cansancio y resignación.

Sin separarse de ellas, también hizo acto de presencia la chica con el vendaje.

—¡Pobrecillas...! Se las ve abatidas.

—El caso no es para menos, William.

Allí comenzaba a oscurecer ya, por lo que Stephen preguntó al sargento:

—Tyler, ¿ya ha elegido lugar de aterrizaje?

—Sí, señor. A treinta millas norte del punto que se ha posado la nave, tras una colina.

—¿No hay otro lugar más próximo?

—Lo siento, señor. No he hallado otro.

—Bien, nos trasladaremos a ese sitio para tomar tierra en el momento preciso.

Así lo hizo y cuando ya era noche cerrada, la nave, completamente

silenciosa, fue descendiendo más y más hasta posarse en el lugar que había descubierto Tyler, un reducido espacio bordeado por frondosos y altos árboles.

Mientras permanecieron inmóviles observando a aquella nave, analizaron la atmósfera imperante en aquel ambiente y William manifestó que era similar a la terrestre, por lo que podían salir prescindiendo de las escafandras y de los trajes espaciales.

Una vez se hubieron posado en el suelo, Stephen llamó a Walter y a Tyler para planear la descubierta, rescatar a las muchachas y averiguar cuanto pudieran.

—Haremos uso de los dos vehículos autónomos. El uno lo llevará el teniente Cooper con cuatro hombres. El otro, con tres hombres más y el capitán Mayllor, lo llevará yo. El sargento Tyler se quedará con el resto de la tripulación para custodiar la nave. Cada hora estableceremos comunicación para dar novedades. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

—No hay que advertirle, Tyler, que del defender la nave depende nuestro retorno. Si se viera apurado, elévese y ya nos comunicaremos o en su defecto, mantenga observación continua para captar las señales convenidas.

—Lo tendré todo muy presente, señor.

Dichas estas palabras y elegidos los hombres, procedieron a desembarcar los dos vehículos que tenían que utilizar.

Estos pequeños vehículos estaban dotados de todos los adelantos, tanto de navegación como de armamento. Podían ir por tierra, mar y aire. De ahí que eran indispensables para operaciones de descubierta.

En vuelo rasante se dirigieron a las inmediaciones donde tomó tierra aquella nave cargada de gente.

Aterrizaron en el bosque haciendo uso de los elementos de tala a distancia, con que iban equipados los vehículos, y de este modo disponer de espacio donde posarse.

De donde estaban, les separaba un trecho respetable de aquellos pabellones con algunos focos encendidos.

El silencio era sepulcral, únicamente turbado por el crujido de alguna rama.

Se desplegaron y fueron avanzando en forma escalonada, hasta el mismo borde del bosque que les proporcionaba la protección de sus troncos y matorrales.

Ante ellos había una explanada y en ella los pabellones. Les iba a resultar difícil atravesar aquel espacio iluminado sin ser descubiertos.

El coronel Simson estuvo un buen rato observando el terreno. Por allí no se veía alma alguna.

CAPITULO X

Mientras tanto, en la base, el comandante general Powell, había tomado las medidas oportunas tras el informe del coronel Simson.

En el hangar fue colocada una nave de las mismas características, para reemplazar a la que había partido en el mayor de los secretos.

Tanto la nave como el alojamiento, estaban sometidos a una estrecha vigilancia para detener a los posibles saboteadores de aquella organización.

Los resultados no se hicieron esperar.

El capitán Lake, responsable de la vigilancia de la nave, junto con sus hombres, iban ataviados de mecánicos para no levantar sospechas, vio cómo se aproximó un teniente recién incorporado a la base.

Saludó efusivo:

—¡Eh, muchachos...! ¿Cómo va eso?

El mismo capitán «camuflado», le contestó:

—Bien, señor. Dando los últimos toques, puesto que tiene que partir en seguida.

—Sí, ya lo sé... Por eso he sido comisionado para girar una inspección sobre la puesta a punto.

El capitán tuvo una sonrisa para sus adentros y se brindó:

—Yo mismo le acompañaré, señor. Soy el jefe del grupo de mecánicos.

—Agradecido por tu amabilidad, pero me basto solo para saber si una cosa está bien o deficiente.

—Pero, señor, yo soy el responsable...

El capitán, hombre joven e inteligente, le estaba dando cuerda para que aquel mismo oficial se «atara» las manos y llegado el momento no pudiera alegar excusa alguna.

—Puesto que eres el responsable, ya sabes que preciso de una completa libertad para girar la inspección. De permanecer tú a mi lado, se podría interpretar como coacción y tengo que ser netamente imparcial. ¿Entendido...?

—Sí, señor.

El oficial abrió la cartera, desdobló un portafolios, sirviéndole de apoyo la misma cartera y con aire de manifiesta suficiencia, se introdujo en la nave.

Nada más hubo desaparecido el oficial en el interior de la nave, el capitán le hizo una señal al «mecánico» que dedicaba su atención al mecanismo de apertura y cierre de la puerta.

Luego, él, con disimulo, fue siguiendo los pasos de aquel oficial.

Fue inspeccionándolo todo, pero en donde más se detuvo fue en el

compartimiento del combustible.

Nada más salir de allí, el capitán se dio cuenta que llevaba el portafolios en la mano haciendo unas anotaciones, pero no la cartera.

En cuanto pudo se introdujo en el compartimiento y afanosamente buscó la cartera.

A poco la halló entre un tanque de combustible y la pared de la nave, como si al dejarla sobre la superficie curva del tanque se hubiera escurrido.

La cogió y estaba cerrada. El capitán se acordaba bien que el oficial la dejó abierta cuando extrajo el portafolios.

Con ella en la mano, se dirigió hacia la salida de la nave, cuyo «mecánico» allí apostado le estaba entreteniéndolo, bajo el pretexto de que su jefe quería hablar con él antes de que se marchara.

El capitán ocultó la cartera tras él y al verle aparecer, el teniente, un tanto impaciente, le preguntó: —¿Qué quería de mí?

Un tanto socarrón, el aludido le contestó a tiempo que le mostraba la cartera:

—Solamente esto, «señor»... Que se ha olvidado de la cartera.

Quedó altamente sorprendido, pero reaccionó al momento y alargando la mano para cogerla, manifestó:

—¡Qué cabeza la mía...! Ya me iba sin ella...

Pero la sorpresa fue mayor cuando escuchó:

—Queda detenido en nombre del comandante general Powell. Tenga la bondad de seguirme al vehículo que nos espera.

—Pero esto es un atropello. No bastan tus palabras para... Y dame la cartera, es de mi pertenencia...

No continuó. Pudo darse cuenta que tres de aquellos mecánicos les estaban apuntando y precedido de aquellos con la cartera en la mano y escoltado por los hombres armados, subieron al vehículo que se dirigió a un pabellón especial del astródromo.

Ya en una habitación de ese pabellón, el capitán se comunicó con el jefe de la base.

—Señor, aquí el capitán Lake. Sin novedad en el servicio.

No dijo más, pero fue suficiente para que el jefe de la base supiera que habían capturado al agente, puesto que de antemano fijaron la consigna para no proporcionar información a posibles escuchas.

A los pocos segundos, el comandante general en persona estaba en aquella habitación.

—Teniente, ¿para quién trabajas? —le preguntó sin más preámbulos.

—¿Yo, señor...?

—Sí, tú. ¿Qué has ido a hacer a la nave?

—A efectuar una revisión, la comprobación que se hace antes de emprender el vuelo.

—¿Cómo sabías que tenía que emprender el vuelo?

—Así me lo comunicaron.

—¿Mandado por quién?

—Pues...

—Teniente, estás al descubierto... Repito: ¿para quién trabajas?

El oficial estaba más blanco que la cal y se encerró en un pertinaz silencio.

Ante su mutismo, Robert Powell, jefe de la base, ordenó sin más dilación:

—Capitán Lake, enciérrele en la cámara acorazada de explosiones junto con su cartera. Le esposa a una de las barras y la cartera fuera del alcance de sus manos o pies. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Y tú, teniente..., ya decidirás cuándo quieres contestar a mi pregunta.

Ya se iban a llevar al detenido, cuando el comandante general Powell advirtió irónico:

—¡Ah...! Me olvidaba advertirte que allí te encontrarás con una colega y por cierto, portadora de una cartera similar a la tuya y dedicada a «limpiar» el alojamiento del coronel Simson... ¿Te sirven de algo estos datos para refrescar un poco tu memoria...?

Silencio absoluto por parte del teniente.

—Pues adelante. La explosión será por partida doble.

El jefe de la base no le había mentido. Lo que supuso una intimidación, era una realidad.

La cámara acorazada de explosiones, se utilizaba para experimentar la fuerza o potencial de cualquier elemento de destrucción.

Naturalmente, estaba dotada de una construcción tal, que los efectos no trascendían al exterior y provista de aparatos adecuados para dejar constancia de los resultados.

Al teniente le quedaba la esperanza de hacerse con la cartera o que la depositaran en otro lugar distinto a donde estuviera detenido. Por eso prefirió callar.

Pronto se convenció que sus esperanzas se habían esfumado al quedar esposado, sujeto a una barra y la cartera fuera de su alcance.

Por si fuera poco, muy cerca de él había una joven en sus mismas condiciones; y frente a ella... otra cartera.

Al quedar solos se miraron, mas no pronunciaron palabra alguna.

El jefe de la base, junto al capitán Lake, por un sistema de circuito cerrado, estaban observando lo que ocurría en la cámara acorazada.

El capitán comentó:

—Señor... ¿Y si las carteras no contienen explosivos?

—Según me explicó el coronel Simson, son de las mismas

características a la que él encontró y desmontó posteriormente el detonador.

—¡Ya...!

—Y aun en el supuesto de que desconociéramos estos datos, tenemos los mensajes interceptados por el mismo coronel y es de suponer que ambos agentes no han girado una visita de cortesía precisamente a los lugares señalados de antemano.

—Sí, claro, claro...

—Mire qué cara pone la chica, capitán... Está a punto de darle un ataque de nervios.

—Pues el teniente, creo que le va a la zaga.

—¡Contra...! No hay individuos que me den más asco, los traidores.

En efecto, el nerviosismo iba en aumento y su mirada se dirigía de forma obstinada a las carteras y de vez en cuando, fugazmente, al teniente.

Sus nervios, ya desquiciados, originaron la reacción| histérica:

—¡No...! ¡No quiero morir, soy joven...! ¡Suéltense...! ¡Van a explotar...!

El teniente, también nervioso, le chilló:

—¡Cállate de una vez...! Igual moriremos. Ya sabes a lo que se expone un agente que no ha cumplido la misión encomendada.

—¡No, no...! ¡Yo quiero vivir, vivir...!

Entonces intervino el comandante general Powell a través del micrófono:

—Muchacha, si confieras lo que sabes, yo te garantizo que haré lo posible por conservarte la vida. Eso va también para ti, teniente. Aunque tu castigo será mayor, tendrás vida...

La joven se apresuró a contestar, de forma precipitada:

—Sí, sí; diré lo que sé. Pero sáquenme pronto de aquí. ¡En seguida...!

—Ahora vamos. Y tú, teniente, ¿accedes a decirnos lo que sabes?

El aludido titubeó. Estaba sudando del pánico que tenía en el cuerpo y luego, con desaliento, contestó: —De todos modos nos quitarán la vida. Siempre ha ocurrido igual, no se admiten fracasos...

—Te repito que vivirás.

Ya sea por conservar el pellejo o por restos de honradez, contestó:

—Diré cuanto sé.

—De acuerdo.

A los pocos segundos, el jefe de la base, con el capitán Lake y tres hombres más, abrían la puerta de la cámara de explosivos.

Introdujeron la llave en una de las esposas, para despasarla de su correspondiente barra, para cerrarla de nuevo en la muñeca que quedó libre por un momento.

Robert Powell, el jefe de la base, preguntó:

—¿Las llaves de las carteras?

Quedaron un tanto desconcertados por conocer aquel detalle y la joven, maquinalmente, se introdujo la mano en el pecho y extrajo un llavero que contenía un par.

El teniente también las mostró luego de extraerlas del bolsillo superior.

—Pues ahora las abriréis y desconectaréis el mecanismo de explosión.

Como autómatas, fueron hacia su respectiva cartera, para abrirla y manipular en ella.

Por sí acaso, sus movimientos eran vigilados y los tres hombres prestos a disparar si fuera necesario.

Luego manifestaron casi al unísono:

—Ya está...

—Bien. Capitán, hágase cargo de su contenido, pero las carteras déjelas ahí como medida de precaución. Ya las examinarán nuestros técnicos.

Acto seguido se dirigieron a la habitación que ocuparon en principio.

—Muchacha, empezaremos por ti. ¿Para quién trabajas y qué ibas hacer en el alojamiento del coronel?

—Yo no lo sé. A mí me contrató ése —dijo señalando al teniente— por una fuerte cantidad.

—¿Qué misión era la tuya?

—Buscar una cartera igual a la que llevaba. En caso contrario, poner en funcionamiento el mecanismo, cerrarla y dejar allí la que me habían entregado.

—¿Sabías con qué finalidad dejabas la cartera?

—Lo imagino...

—¿El teniente ha sido tu único contacto?

—Sí, siempre he recibido órdenes de él.

—Teniente, repito la pregunta: ¿para quién trabaja?

Tras unos momentos de titubeo, comenzó:

—Para una organización dedicada a la exportación de trabajadores.

—¿Nombre y dirigentes de la organización?

—Lo ignoro, sólo sé de unos que están en contacto conmigo...

Las declaraciones del teniente, tuvieron como consecuencia el apresar al ayudante de despacho del jefe de la base, quien se confesó ser el agente Z-11 y el que informaba a «Zodiac», nombre por el que se conocía la organización.

Todos ellos recibían pingües beneficios, pero era fundamental que en el acto de su ingreso, se comprometieran a obedecer ciegamente y

cumplir cualquier servicio qué se les asignara y en caso de fracaso, firmaban su sentencia de muerte.

Fue lo que les sucedió a aquellos que pretendieron apoderarse del coronel y del capitán.

Se fueron atando cabos y en colaboración con miembros del servicio secreto, se fueron descubriendo más componentes que militaban en aquellas filas y, aunque se sospechaba que se extendía a las altas esferas, no pudieron hallar pruebas contundentes.

CAPITULO XI

A Stephen Simson le parecía anormal la falta de vigilancia y más partiendo de aquellos seres que habían tratado de ocultar sus actividades, no dudando de hacer uso de las armas contra quien intentara meter las narices en sus asuntos, como vulgarmente se expresaba.

—¿A qué esperamos, Stephen? Las chicas estarán ahí...

—Ten calma, William.

Les sorprendió un brusco amanecer y el día inmediatamente sin apenas transición.

El coronel ordenó:

—Teniente Cooper, retírese inmediatamente con sus hombres y vayan adonde dejamos los vehículos para proceder a su camuflaje. Procuren hacerlo de forma ordenada y sin ser vistos.

—A la orden, señor.

—Nosotros permaneceremos en observación un poco más atrás. Luego vuelvan aquí.

—Sí, señor.

Luego que el teniente se hubo retirado con sus hombres, el coronel con los demás, fueron adentrándose en el bosque hasta llegar a una zona que Stephen consideró más segura.

Para evitar posibles sorpresas ante cualquier visita inesperada, el coronel Simson dijo a William y a los tres hombres que les acompañaban: —Vamos a trepar a la copa de los árboles. Cada uno que elija el suyo. William, tú y yo ocuparemos el mismo.

Al instante comenzaron a ascender por los troncos para instalarse en sus respectivas copas, cuyo frondoso follaje les proporcionaba una magnífica protección, a la par que un estupendo observatorio, puesto que desde allí divisaban los pabellones y la explanada.

—¿Estás cómodo, William...? —le preguntó socarrón Stephen.

El capitán médico, un poco congestionado por el esfuerzo realizado y la posición en que estaba, le contestó: —Pues mejor estaría tumbado en el suelo. Se nota que se ha despertado en ti la llamada de la sangre. —¿Qué sangre y ocho cuartos? —Sí, hombre, la de tu ascendencia, la de los monos...

—Y en ti sientes la añoranza de tu familia, los reptiles... ¿No es eso? —dijo Stephen. —Más vale estar sobre tierra...

—¡Calla! Mira hacia aquel claro que delimita el bosque con los pabellones.

Centró su atención hacia donde le indicó Stephen.

Un extraño animal, especie de lóbezno y ardilla a la vez, se dirigía

hacia los pabellones.

Nada más dejar el último árbol que limitaba con la explanada, se iluminó de forma extraña para luego quedar reducido en un montón carbonizado, a tiempo que sonaba una alarma.

Inmediatamente salieron unos hombres armados y luego se entremezclaron con ellos los mismos seres extraños, como aquellos que formaban el comité de recepción.

Sus cortos brazos eran accionados con velocidad inusitada, encarándose con el que parecía jefe de la guardia y frente a lo que quedaba de aquel animal.

Al jefe de la guardia se le notaba despectivo e insolente frente a aquellos seres de extremidades cortas.

A la distancia en que estaban, no podían oír con claridad, pero se podía colegir fácilmente que no se trataba de una conversación amistosa.

—¿Qué me dices a eso, William...? Ya me parecía a mí que resultaba algo extraño no observar vigilancia alguna.

—¡Uf...! Que si llegas a hacerme caso, a estas horas estaríamos convertidos en unos hermosos carbones.

—Tú siempre comparando la hermosura con lo macabro...

En este momento recibió el coronel comunicación del teniente.

—Señor, trabajo concluido.

—Bien, Cooper. Regresen por donde se han ido. Aquí les esperamos, camino de los pabellones.

Las comunicaciones establecidas con el sargento Tyler, no registraban novedad alguna.

Tras la disputa de los hombres de extremidades cortas con el jefe de la guardia, pudieron apreciar que de los pabellones salían y entraban hombres jóvenes y muchachas entremezclándose con los demás, tanto guardias como naturales de aquel planeta, imperando gran animación.

Stephen y William estaban observando ávidamente con unos diminutos y potentes prismáticos, por si entre aquella gente descubrían a Shirley y a Glenda.

Pero por más que miraban y miraban, a las jóvenes no se les veía por parte alguna, ni rastro de ellas.

—¿Las tendrán detenidas?

—Seguramente. Lo que está claro es que no gozan de las prerrogativas de los demás. Lo esencial es que se encuentren todavía ahí.

—¿Sospechas que se las hayan llevado?

—Es lo que quisiera saber...

El coronel Stephen Simson quedó en suspenso. Prestó más atención, para luego preguntar a William:

—¿Has oído eso...?

—¿El qué?

—Disparos sordos.

—No, no he oído nada.

—Me lo habrá parecido.

Concluyó para no manifestar la inquietud que le había invadido.

Maquinalmente miró el reloj, comentando:

—Cooper está tardando más de la cuenta.

—Hombre, ten presente que desde aquí a donde están los vehículos, todavía hay un trecho y si sumas a esto lo tupido que está el bosque...

—De todos modos, se entretiene demasiado.

—Pues llámale por radio.

—Eso no. Ya lo hará él.

—¿Por qué razón?

—Sencillamente, pensando en el peor de los casos, de llamarle podrían localizarnos.

El nefasto presentimiento que le asaltó al coronel, fue confirmando momentos más tarde, cuando uno de sus hombres, haciéndole una seña le indicaba algo hacia su izquierda.

Dirigió la vista hacia allí y lo que vio le dejó altamente contrariado.

Un grupo armado llevaba prisioneros al teniente Cooper y a cuatro de su patrulla, por lo tanto faltaba un hombre.

También por señas indicó que permanecieran quietos, que no hicieran nada que delatara su presencia.

Menos mal que se le ocurrió, que treparan a los árboles, de lo contrario, casi seguro, que les hubieran sorprendido por la espalda.

Pasaron por debajo mismo de donde estaban ellos e impotentes por poder hacer algo, puesto que en caso de actuar, se verían descubiertos por ellos mismos y las probabilidades de éxito eran prácticamente nulas por el número, que les aventajaba.

Quedaron con el corazón encogido cuando uno de los muchachos que les acompañaban, perdió por un momento el equilibrio y estuvo a punto de dar con su cuerpo en el suelo.

Menos mal que sus reflejos funcionaron bien y pudo asirse a una rama, de lo contrario no hubieran tenido más remedio que entrar en acción a riesgo de que resultara lo que fuere.

La comitiva se fue alejando y cuando pudieron hablar, sin descuidar la vigilancia de aquellos que llevaban prisioneros a sus hombres, el coronel confesó: —¡El susto que me ha hecho pasar ese muchacho...! Por un instante lo creí todo perdido.

—¿Habrán descubierto los vehículos autónomos?

—Es de esperar que no, de lo contrario hubieran hecho uso de

ellos.

—¿Y cómo los habrán capturado...?

—¡Calla! No me hagas preguntas ahora y observa lo que yo.

En aquellos momentos, el grupo armado que escoltaba a sus hombres, quedaron agazapados en el linde del bosque.

Por allí seguía andando la gente libremente, incluso rebasaban la zona aquella en que quedó carbonizado el animal sin que les sucediera nada.

Uno de la escolta se dirigió al pabellón más cercano y a poco apareció un vehículo terrestre, que se introdujo en el bosque para dirigirse posteriormente a donde estaban los demás agazapados.

Acto seguido, hicieron subir a los prisioneros con una escolta reducida y el vehículo reemprendió la marcha para encaminarse hacia un tercer pabellón que caía más a la derecha.

Pasado un buen rato, salieron a la explanada los restantes hombres de la patrulla, como si allí no hubiera sucedido nada.

De todo ello el coronel Stephen Simson sacó la conclusión de que deseaban ocultar, por alguna razón determinada, la captura de prisioneros, puesto que de lo contrario hubieran conducido a sus hombres directamente al tercer pabellón.

Stephen ordenó a dos de sus muchachos:

—Vayan a comprobar lo que le ha pasado al quinto hombre que falta de la sección y si los vehículos siguen camuflados en el lugar que los dejamos.

Los muchachos se disponían ya a partir, cuando el coronel les detuvo:

—¡Un momento...! Antes de descender de los árboles, cambiaremos nuestras ropas por las de paisano. Los uniformes los dejaremos bien sujetos en sus respectivas fundas.

Procedieron a sacar la indumentaria de paisano, que siempre llevaban consigo en casos de descubierta, y en la misma funda colocaron las militares con sus distintivos y categoría.

Una vez bien sujetos en las ramas, les volvió a decir:

—Ahora pueden bajar. Nosotros mantendremos la vigilancia. Quiero que sean prudentes y regresen en seguida.

—A la orden, señor.

Se escurrieron por los troncos y una vez en el suelo, sigilosamente, fueron tomando el camino que les conduciría al lugar donde estaban los vehículos.

Cada minuto que transcurría, se les antojaba un siglo.

Stephen, William y el otro muchacho permanecían en el más absoluto silencio. Todos eran oídos y ojos.

Al cabo de un buen rato, que se les hizo interminable, estuvieron de regreso.

Como por allí todo seguía igual, sin descubrir vigilancia alguna, descendieron de los árboles para permanecer ocultos entre unos matorrales.

—Los vehículos están intactos y bien camuflados.

Harrison ha muerto y como no podíamos hacer nada por él, le hemos dejado en el mismo sitio.

—¡Pobre muchacho...! —se lamentó Stephen para luego sobreponerse y preguntar—: ¿En dónde ha caído?

—A mitad de la distancia que nos separa de aquí a los vehículos.

Después de quedar pensativo por unos momentos, el coronel les expuso:

—Escúchenme con atención. Oculten el arma personal en el ropaje. Nos vamos a mezclar con esa gente, como unos más de la expedición. Hay que hacerlo con naturalidad para no despertar sospechas. ¿Comprendido?

Asintieron en silencio.

—Delante iremos el capitán y yo. Ustedes nos siguen a prudente distancia. Les repito que actúen con naturalidad, de ello dependerá nuestro éxito.

Hizo una pausa, para luego continuar:

—En caso de que surja un peligro o precisemos de su intervención, yo me rascaré la oreja. Esta señal será para indicarles que tengan las armas a punto.

Volvieron a asistir.

—Nos introduciremos en los pabellones para observar y descubrir lo que deseamos. Si todo sale bien, liberaremos a las chicas y a nuestros compañeros y por último inutilizaremos la nave ésa si es preciso.

William y los tres muchachos escuchaban con atención cuanto les exponía su jefe, quien prosiguió:

—Posteriormente, teniéndoles dominados, nuestros afanes se encaminarán a desbaratar esta organización.

Stephen contempló su crono emisor-receptor y comentó:

—Es hora de comunicarme con Tyler.

Acto seguido presionó un resorte y una antena telescópica emergió de su cronógrafo.

—Atención, Tyler... Aquí Simson...

—Tyler a Simson. Todo bien.

—Tyler, puede ser que se interrumpan las comunicaciones. Nos proponemos...

Aquí le fue informando de sus planes, de lo que había sucedido y que tomara las máximas precauciones.

Después ordenó:

—En marcha y que la suerte nos acompañe.

Stephen y William comenzaron a andar charlando de cosas intrascendentes, como un par de muchachos que pululaban por allí.

Unos pasos más atrás, otro grupo de tres surgió de entre el follaje, sin perder de vista a su jefe y capitán.

Se fijaron en las muchachas que se cruzaban, algunas de ellas muy aceptables, sin poder reprimir algunas palabras halagadoras.

El coronel y el capitán, al igual que los tres muchachos, con parsimonia y despreocupación aparente, se fueron acercando al primer pabellón.

Entraron y lo primero que apareció ante ellos, fue un dormitorio colectivo con numerosas literas.

Algunos de aquellos muchachos de la expedición, se hallaban sentados o tumbados charlando con sus compañeros o durmiendo.

La presencia de ellos no suscitó sospecha alguna.

Después pasaron a otro compartimiento que se trataba del comedor y posteriormente a un anexo donde existían juegos de entretenimiento y ocupado tanto por chicos como por chicas.

Se cruzaron e incluso allí mismo se encontraron con varios hombres y mujeres de extremidades cortas departiendo amistosamente con los expedicionarios.

Aquello lo tenían visto, allí no habían indicios de lo que estaban buscando, por lo que saliendo por una puerta lateral, encaminaron sus pasos hacia el otro pabellón.

Penetraron y se encontraron primero con el anexo de recreo.

Allí predominaba el elemento femenino, por lo que Stephen y William dedujeron que se trataba del pabellón destinado a mujeres.

El corazón les dio un vuelco a los dos hombres. En un lugar, junto a una gran ventana y apartadas de los demás, estaban Shirley y Glenda...

El primer impulso del coronel y del capitán, hubiera sido correr hacia ellas, pero esto hubiera sido delatarse de forma ostensible.

Se aproximaron del modo en que dos jóvenes se sienten atraídos por la belleza de unas muchachas y proceden a la iniciación de su conquista.

Ellas, ensimismadas en la conversación que mantenían, no se dieron cuenta de su proximidad.

Los corazones de Stephen y de William, latían tumultuosamente.

El primero, dominando su emoción, les habló en voz baja, lo suficiente para que únicamente lo oyeran ellas: —Señoritas, quédense como están. Ahora vamos a representar una conquista y repriman cualquier muestra que delate extrañeza o alegría.

Shirley tuvo una sacudida, apenas perceptible, al oír aquella voz.

Stephen, en voz alta para que lo oyeran los demás, preguntó:

—¿Nos permiten que nos sentemos...? Están muy solitas aquí...

Shirley y Glenda levantaron la cabeza y casi estuvieron a punto de exhalar un grito de alegría al verles. Menos mal que el mismo contento les impidió pronunciar palabra.

Para que no lo estropearan todo, volvió a tomar la palabra Stephen:

—Bueno, ¿acceden o qué? De lo contrario, nos marcharemos por donde hemos venido.

Un leve terror se reflejó fugazmente en los ojos de las dos jóvenes y por fin Shirley pudo balbucear: —Bien..., sí, pueden sentarse...

Stephen tomó asiento de forma que dominaba la ventana y la puerta de acceso a aquel anexo.

William lo hizo frente a él, por lo que también vigilaba parte de la ventana y la otra puerta.

Los tres muchachos, ante el ejemplo de su jefe, establecieron conversación con otras chicas permaneciendo atentos a lo que pudiera indicarles su coronel.

Shirley y Glenda a duras penas podían dominar su emoción y Stephen y William tenían que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abrazarlas.

Como quiera que una pareja iba a pasar pon donde estaban ellos, el coronel preguntó a las chicas:

—Y qué..., ¿se encuentran bien? ¿Han descansado? Fue Shirley quien saliendo de su bache emotivo, comprendió y contestó: —Sí, ya lo creo. Ha sido un viaje magnífico...

En aquellos momentos alguien puso música y varias parejas comenzaron a danzar.

Stephen no esperó más. Levantándose, exigió más bien que rogó:

—¿Me permite un baile?

Shirley, sin palabras, puesto que su estado de ánimo no se lo permitía, se levantó.

Cuando llegaron a donde se bailaba Stephen la enlazó tembloroso. Ella se mostraba igual y uniendo su mejilla a la del joven, le susurró al oído: —¡Shirley, mi vida...! ¡Cuánto siento tus sufrimientos por mi culpa...!

—Stephen..., he pensado mucho en ti y después de saber por qué nos han raptado, albergaba la esperanza de que vendrías a por nosotras.

—¡Mi pequeña...! ¿Lo sabes todo?

—Sí y me siento orgullosa de ti, admitiendo con entereza todos los sinsabores.

—¿Cómo os detuvieron?

—Una vecina de alojamiento, bajo el pretexto que quería invitarnos, y pasamos al que ella ocupaba. Una vez dentro, sin más preámbulos y en presencia de dos hombres, el conserje y otro

desconocido, nos amenazó exigiéndonos le entregáramos nuestros brazaletes de identidad y que nos habían detenido por ser tu novia y Glenda la del capitán. Y todo ello en represalia a que tú, coronel astronauta Simson, habías desobedecido los mandatos de no sé qué organización...

—Son unos infames.

—Nos tuvieron mucho tiempo allí, por eso no pudimos acudir a la cita... Cuando se oyó jaleo en nuestro alojamiento, fuimos obligadas a meternos en el ascensor por el hombre desconocido y la chica que nos invitó, siendo trasladadas a la azotea y ocupar un vehículo dispuesto a emprender el vuelo.

—¿Y qué más?

—Quedamos allí bajo la vigilancia de aquel hombre, que era el piloto y la chica se volvió. Al poco rato regresó tambaleándose y manando abundante sangre por su rostro. Glenda y yo nos quedamos pasmadas. A duras penas subió al vehículo y éste emprendió el vuelo. Desde la altura pude ver a un hombre que salía a la azotea y me pareció que eras tú. —En efecto, yo era.

—Nos llevaron muy lejos. La chica herida estaba desvanecida. La curaron y posteriormente, acompañadas de ella, nos trajeron aquí.

—No temas, os libertaremos. Lo mejor es que nos vayamos fuera, al bosque. De este modo os dejaríamos en lugar seguro.

—No, no; no puede ser. Nos han prohibido que abandonemos el pabellón.

—Pero...

Se quedó en suspenso. A través del ventanal vio que el vehículo aquel llevaba a sus hombres hacia el bosque. Temió dos cosas: por la vida de ellos y por si iban a por sus vehículos.

Rápidamente, le dijo:

—Os tenemos que dejar. Volveremos a por vosotras, mi vida. Díselo a Glenda.

—No nos dejes, Stephen...

—Te prometo que vendremos.

La llevó donde estaba William y la muchacha, manifestando en voz alta:

—Tanto gusto de conocerlas. Hasta luego.

Por un momento William se quedó desconcertado, pero al ver la cara de su amigo, comprendió que algo sucedía y levantándose, manifestó: —Hasta luego, preciosa.

Glenda iba a protestar, pero Shirley le presionó el brazo de un modo significativo.

Tras salir Stephen y William, les siguieron los tres muchachos en dirección al bosque.

CAPITULO XII

Una vez reunidos y a cubierto de miradas indiscretas, el coronel Simson les dijo lo que había visto.

—Así que el vehículo se ha introducido en el bosque por aquella zona. Vayamos hacia allí para averiguar, lo que pretenden.

Con las armas a punto y con cautela, se dirigieron hacia el lugar que el coronel indicó.

A no mucha distancia descubrieron el vehículo en un claro y cómo del mismo iban descendiendo el teniente Cooper y sus tres muchachos. Todos ellos maniatados y vigilados por cinco hombres que no dejaban de apuntar a los prisioneros.

Stephen iba a dar la orden de ataque, cuando por poco son descubiertos por cinco guardias más, al frente de los cuales iba un individuo que parecía el jefe de todos ellos.

Se encaró con los prisioneros y les manifestó:

—Por última vez se os da la oportunidad de conservar vuestras vidas y formaréis parte de nuestra poderosa organización que paga muy bien y con vistas a ampliar sus actividades...

Hizo una pausa y con aire fanfarrón y mirada esquizofrénica, prosiguió paseando frente a los detenidos como un gallo de pelea: — El planeta Tierra está a punto de caer en nuestro poder. Se os brinda el privilegio de ingresar en nuestras filas, seréis parte de los elegidos, ya que posteriormente, todos sus habitantes harán lo que nosotros queramos, sea de su agrado o no.

Otra pausa para darles tiempo a meditar sus palabras, para volver de nuevo a la carga:

—Estáis completamente perdidos, no tenéis escapatoria, incluso vuestra nave ha sido localizada y no tardará en caer en nuestro poder.

El teniente y sus muchachos permanecieron en silencio, sin que influyeran en ellos las palabras de aquel hombre.

Stephen y William se miraron ante la mención de la nave.

—Aun con todo, nosotros nos sentimos magnánimos y os brindamos la ocasión de formar parte de los que en un futuro próximo dominarán nuestro mundo y parte del Universo. A cambio se os pide muy poco, sólo que digáis dónde está el coronel Stephen Simson.

Persistente mutismo por parte de los prisioneros.

—Es una lástima que os juguéis el pellejo, puesto que el coronel se ha metido, y os ha arrastrado con él, en una ratonera sin posibilidad de escape. Lo único, que por medidas de seguridad, me interesa tenerle en mi poder cuanto antes, aunque más tarde o más temprano lo tendremos igualmente.

Fue Cooper quien, con serenidad, tomó la palabra: —Si tenéis esa seguridad, ¿por qué ese empeño en que contestemos a una pregunta que ignoramos?

—Te lo he dicho anteriormente, por la urgencia del caso.

—Yo qué sé dónde estará. Igual puede encontrarse en la nave.

—Me han comunicado que no se halla allí.

Stephen y William, como sus hombres, desde donde permanecían ocultos, presenciaban la escena que se desarrollaba en aquel claro y las palabras llegaban hasta ellos con toda nitidez.

Aquel que parecía un gallo de pelea, manifestó:

—Bueno, toda paciencia tiene un límite y a mí se me está agotando. ¿Dónde está el coronel?

Silencio absoluto por parte de los interrogados.

—En fin, vosotros lo habéis querido. Teniente, voy a empezar con las ejecuciones; a ti te dejaré el último por si decides evitar un sacrificio inútil.

Luego, dirigiéndose a los guardias y señalando a uno de los prisioneros, ordenó:

—Vosotros dos, llevaos a ése a aquel tronco de árbol tumbado. Lo dejáis allí y volved.

Cogieron al prisionero por ambos brazos para dar cumplimiento a lo ordenado.

Stephen hizo una seña a sus acompañantes para que cada uno eligiera su blanco, preferentemente los del piquete de ejecución.

Ya estaba situado el prisionero de espaldas al tronco y volvían los guardias a su sitio, cuando hizo acto de presencia en aquel lugar un hombre de extremidades cortas.

Miró a aquel grupo de gente armada, a los prisioneros y por último al que llevó la voz cantante a quien preguntó: —¿Qué significa todo esto? Ya me pareció a mí, al verte que te internabas en el bosque tan bien acompañado...

—Es asunto nuestro.

—¿Por qué están atados esos hombres?

—Han quebrantado nuestras órdenes.

—¿Qué órdenes?

—No te importa. Te repito que es asunto nuestro.

—Estás en un error. Claro que me importa. ¿Olvidas que estás en mi país?

—No lo olvido. Mas nosotros no nos metemos con vuestras interioridades.

—Pero quebrantas los principios por los que nos regimos.

—Vuestros principios me tienen sin cuidado al tratarse de un caso nuestro.

—Todo acto cometido en el país nos concierne. Se especifica en

una cláusula del convenio. Percibís lo estipulado por vuestros servicios, pero estáis obligados a respetar nuestras normas. Tú las has quebrantado recurriendo a la ocultación y a la violencia. ¡Soltad a esos hombres!

El ser de extremidades cortas accionaba sus reducidos brazos con gran viveza y mostraba una energía insospechada.

El que hacía de jefe le miró con una sonrisa cínica al decir:

—Me parece que te estás excediendo en tus funciones, sapo asqueroso. ¡Apresadlo!

Dos hombres armados le sujetaron por ambos brazos.

—Esto es un atropello que te va a costar caro —protestó el recién detenido que se revolvía entre sus guardianes, quienes se las veían y deseaban para mantenerlo sujeto.

El jefe aquel volvió a esbozar su cínica sonrisa, al anunciarle:

—Me da la impresión que no tendrás ocasión de ello... Verás... Colmarán de honores a tu cadáver y a mí me felicitarán por aniquilar a los que te dieron muerte, o sea, a los que tengo prisioneros...

—Eres un poseído de la destrucción y tus manejos quedarán al descubierto, aunque te deshagas de mí y de estos seres.

—Te concedo el derecho al pataleo, que es lo poco que te queda. ¡Ponedlo junto al tronco con el otro prisionero...!

Se lo llevaron continuamente forcejeando. El ser de extremidades cortas hizo una rara contorsión liberándose de sus aprehensores y acto seguido les propinó dos precisos golpes cayendo al suelo fulminados.

Todo esto sucedió con la velocidad del rayo.

Después el hombre aquel, con una rapidez increíble, corrió hacia el muchacho que estaba frente al tronco, para cogerlo y empujarlo hacia la espesura del bosque.

En su intento ambos rodaron por el suelo y esto les salvó, puesto que unos proyectiles pasaron por encima de sus cabezas con su nefasto zumbido.

Procedían del arma del jefe de aquellos guardias a tiempo que gritaba:

—¡Matadle, que no se escape...!

Ese fue el momento de entrar en acción Stephen y sus acompañantes.

En efecto, sonaron unos disparos, pero no era precisamente de los guardias, puesto que cuatro de ellos se desplomaron al suelo y el mismo jefe se retorció sujetándose la mano ensangrentada que momentos antes empuñaba el arma.

El desconcierto cundió entre los que quedaban en pie, sin saber a ciencia cierta lo que había sucedido allí.

Lo aprovechó bien el coronel Simson para conminarles desde su

escondite:

—Deponed las armas inmediatamente. Estáis rodeados.

Sea por ver a aquellos hombres yaciendo en el suelo, a su jefe herido o por el pánico que se apoderó de ellos al pensar que podían hallarse en las mismas condiciones que los caídos, lo cierto es que fueron tirando las armas al suelo.

Stephen ordenó:

—Teniente Cooper, hágase a un lado con sus dos hombres.

Así lo hicieron sin que los demás trataran de impedirlo.

—Y vosotros... Quiero veros bien las manos.

Tras sus palabras uno de los guardianes apareció con un arma en la mano extraída de entre sus ropas.

Un sordo chasquido se dejó oír y hombre y arma rodaron por el suelo sin haberle dado tiempo a usarla.

Stephen les recomendó:

—No seáis insensatos, cualquier imprudencia os puede costar la vida. Ya tenéis un ejemplo de ello...

Todos quedaron quietos y el pánico se hizo más patente en sus miradas fijas en aquel que desobedeció.

Transcurrido un momento, el coronel Simson, William y un muchacho, irrumpían en el claro.

Los otros dos muchachos permanecieron apostados en la espesura para cubrir cualquier eventualidad.

Le dijo al muchacho que les acompañaba:

—Desate al teniente y a los demás. Cooper, luego se hacen cargo de las armas y manténgalos vigilados.

—A la orden, señor.

Después, dirigiéndose a aquel jefe que momentos antes dominaba la situación, le preguntó socarrón:

—¿No querías saber dónde estaba...? Pues aquí me tienes. ¿Qué te interesa de mí...? Soy todo oídos y dispuesto a aclarar tus preguntas.

Aquel individuo le miró con furor y dolor a la vez por la herida de la mano y Stephen, al reparar en ello, le indicó al doctor: —William, mira lo que puedas hacer por él y si hay algún herido más.

Mientras tanto el hombre de extremidades cortas se había levantado, desatando al joven que iban a ejecutar.

Luego se acercó al coronel y le manifestó:

—Gracias por haberme salvado la vida. Estos individuos serán deportados. Han atentado contra un representante del Gobierno de mi país.

—No tiene por qué dárme las. En ello iba también la vida de mis hombres.

—¿Quiénes sois vosotros y qué hacéis en nuestro planeta?

El coronel Simson se le quedó mirando y antes de contestar a su

pregunta, hizo él una a su vez:

—¿Puede decirme qué relación le une con esos hombres?

—Me unía una relación comercial. Desde ahora, ya no.

—¿Qué clase de comercio?

—Establecimos un convenio por el cual ellos se comprometían a traernos personas jóvenes de ambos sexos para repoblación de nuestro planeta y regeneración de la raza. Nosotros nos comprometíamos a dar ocupación, alojamiento, conceder toda clase de prerrogativas a quienes voluntariamente vinieran, abonándoles cierta cantidad mensual en metales y piedras preciosas.

—Ese... digamos sueldo, ¿lo percibía cada individuo?

—No, era entregado a la organización «Zodiac» para la posterior distribución entre cada una de las personas que traían. Según tengo entendido, cada hombre o mujer que haya suscrito contrato, se reserva una parte para sus gastos y el resto queda depositado en la «Zodiac» para su ulterior envío a los familiares de cada uno.

—¡Ya...! Empiezo a entender...

—Además, la «Zodiac» percibe tres sueldos como tú dices, por cada individuo en concepto de gastos de viaje y demás. También tenemos establecida unas cantidades para quienes contraigan matrimonio y por hijo habido.

Entonces Stephen lo vio todo claro y así lo manifestó a aquel ser que parecía todo sinceridad:

—Pues señor, estamos ante un fraude de los más escandalosos. La dicha organización «Zodiac», únicamente entrega a los familiares de sus víctimas el primer sueldo. Después ya no saben más de ellos, por lo que se deduce que se lo quedan todo ellos.

—No puede ser, hay establecidos contratos, recibos de envío.

—Todo falso. Es más, no sólo se dedican al secuestro de habitantes de la Tierra, sino que su ambición va más allá; dominar y someter a su voluntad parte del Universo. A juzgar por uno de sus componentes, el que deseaba ejecutarte y hacer lo mismo con mis hombres, ya puedes imaginar los resultados.

El hombre aquel, de inteligencia despierta, captó al momento el manejo de aquellos desaprensivos y quedó como abatido.

Stephen, le aclaró:

—Referente a la pregunta del principio, soy el coronel Stephen Simson, designado en un principio por el Alto Consejo del planeta Tierra, para esclarecer los hechos y descubrir a los culpables. Ya hemos tenido varios enfrentamientos con ellos y todos a muerte.

El hombre de extremidades cortas, manifestó:

—Puedes contar con mi ayuda y la de mi Gobierno. Estos farsantes recibirán su castigo.

CAPITULO XIII

Stephen fue informado de cuanto deseó saber y el personaje de aquel planeta se brindó a secundar sus planes.

El que dijo que la nave del coronel caería en sus manos, desgraciadamente lo convirtió en realidad.

Le vieron aterrizar junto a la otra nave y el sargento Tyler, con el resto de la tripulación, eran conducidos al tercer pabellón.

El nativo de aquel planeta, le aclaró:

—Ahí es donde tienen su cuartel general.

—¿Cuentan con muchos hombres?

—Un centenar de ellos.

—Una proporción elevada...

—Puedo recurrir a las fuerzas de mi país.

—No estará de más que lo haga... Por de pronto...

Ordenó a aquellos hombres que habían capturado que se despojaran de los uniformes y cada uno de los pertenecientes a la tripulación del coronel, incluido él mismo, fueron reemplazando sus ropas por aquellos uniformes.

Una vez disfrazados de guardianes y bien maniatados a cada árbol los auténticos, Stephen dijo al nativo:, —Con esta indumentaria no despertaremos sospechas y menos acompañados por ti. Nos llevarás primero al cuerpo de guardia, que según me has dicho es donde tienen el armamento. Les sorprenderemos y anularemos toda acción por parte de ellos. Libertaremos a mis hombres y con ellos tendremos más probabilidades de éxito.

—De acuerdo.

—Luego me interesa inspeccionar sus documentos y descubrir cuanto sea posible para desarticular la «Zodiac».

—Todo estará a tu disposición. Te lo garantizo. Después de lo que me has contado y lo que he comprobado por mí mismo, no merecen ninguna consideración.

Se pusieron en marcha encaminando sus pasos hacia el tercer pabellón.

Llegaron hasta allí sin ningún contratiempo y estaban penetrando en el cuerpo de guardia para bloquear el armamento, cuando una joven se cruzó con ellos.

Stephen y William estaban de espaldas, puesto que se habían introducido en el aposento y cubriéndoles se quedó a la entrada el teniente Thomas Cooper con dos hombres.

La joven pasaba de largo, pero en eso se paró en seco y bruscamente volvió la cabeza fijando su mirada en el rostro del

teniente, a tiempo que exclamaba extrañada: —¡Thomas...! ¿Qué haces aquí...?

El aludido no pudo reprimirse y exclamó preguntando a su vez:

—¡Daw...! ¿Y tú...?

La joven en cuestión no era otra que la pelirroja con la que salía el teniente para pasar el rato y a quien había reconocido pese a llevar aquel uniforme.

Al oír las voces, el coronel y el capitán se volvieron.

La pelirroja que llevaba todavía un parche de gasa en la cabeza, al ver aquellos rostros abrió desmesuradamente los ojos y la boca para a continuación gritar desaforada: —¡Traición, traición...! ¡A mí la guardia...!

En un momento se organizó un gran revuelo: gritos, maldiciones, disparos, incluso se llegó al cuerpo a cuerpo.

La situación era confusa, pero el coronel Stephen Simson contaba con un factor a su favor, la sorpresa y el arrojo de todos ellos.

La pelirroja yacía en el suelo en medio de un charco de sangre y gritaba desesperadamente, con el rostro transfigurado en el que todo vestigio de belleza había desaparecido: —¡Matadlos, matadlos...! ¡También a los prisioneros y las chicas...! ¡Moveos, perros cobardes...!

Y arrastrándose penosamente pretendía alcanzar una puerta donde yacía un guardián verdadero con su arma en el suelo.

Estaba a punto de conseguir el arma, cuando un pie inmovilizó su brazo y la mano alargada.

Miró hacia arriba y vio al teniente Thomas Cooper que la contemplaba con una expresión en la que había de todo un poco, conmiseración, rabia, desprecio y firmeza.

El terror invadió a Daw, quien suplicó temblorosa:

—¡No, Thomas, no...! ¡No me mates...! Yo te quiero, te quiero mucho... Tendremos muchas riquezas, serás tan poderoso como yo... Te prometo...

—¡Calla, víbora...! Por eso tenías tanto interés en saber quién era el coronel y el capitán, así como si aquellas señoritas eran sus novias... ¿No es eso...? Fíjate que he dicho señoritas porque se lo merecen, no como tú, que eres un engendro del infierno...

—¡No me mates...!

—No voy a ensuciarme las manos con tu sangre, aunque estoy seguro que de estar los papeles cambiados, no dudarías un instante en hacerlo.

—Yo te... quie...

No pudo terminar. Se desvaneció.

Cooper la contempló con lástima y de su abstracción le sacó una advertencia de su coronel:

—¡Cuidado, teniente...!

Se volvió con rapidez. Un hombre ya se lanzaba contra él' con un puñal en la mano para clavárselo en la espalda.

Cooper le cogió por el brazo armado y ayudado de su hombro, le hizo dar una voltereta para caer estrepitosamente en el suelo, a tiempo que le retorció la muñeca para desarmarlo. Del golpe que recibió quedó inconsciente.

—Gracias, señor.

—No he podido disparar debido a su proximidad.

—Ya ha hecho bastante en advertirme, señor.

El cuerpo de guardia lo tenían dominado, las armas estaban en su poder. El sargento Tyler y los hombres que había con él, fueron libertados y armados a su vez, por lo que el coronel contaba con veintiocho hombres y siete bajas.

Stephen ordenó:

—Sargento, encierre a los prisioneros en el aposento que ocupaban ustedes para tenerlos a buen recaudo.

—A la orden, señor.

Entre prisioneros, heridos y muertos, habían mermado a aquella guarnición en cincuenta hombres, prácticamente se podía decir que todos los efectivos, puesto que los otros se habían desplazado a la población próxima por ser su día libre.

El hombre de las extremidades cortas cursó las órdenes oportunas para su detención a tiempo que solicitaba refuerzos.

Stephen, guiado por el nativo, fue hacia la oficina y al llegar a la puerta, reparó en aquella joven muerta.

Se quedó pensativo y manifestó:

—Yo diría que he visto ese rostro en alguna parte...

—Es la jefa delegada de «Zodiac» —le aclaró el nativo.

—Es la chica con la que salía yo...

El teniente Cooper le explicó las preguntas de ella, el interés por las chicas, así como le pareció reconocerla cuando iba con los vendajes en el momento de partir del astródromo.

—¡Ya...! Entiendo...

En la oficina encontró toda la documentación apetecida y en sus archivos secretos la relación de los componentes de la organización «Zodiac». Se hallaban enroladas altas personalidades, de ahí su empeño en presionar para que desistieran de su esclarecimiento.

El apoderarse de las naves no constituyó dificultad alguna con el apoyo de las fuerzas de los naturales de aquel planeta.

Los vehículos camuflados fueron recuperados y alojados de nuevo en la nave del coronel.

En un aparte, Stephen le preguntó al sargento:

—Tyler, ¿qué ha pasado para que localizaran la nave?

—Señor..., a bordo teníamos un traidor. Lo que en un principio

creí que fue casualidad al no funcionar el neutralizador de campos magnéticos, descubrí al autor en el momento que repetía su fechoría. Se resistió sacando su arma y tuve que disparar sobre él. Seguramente lo hizo en otras ocasiones y por fin nos localizaron sin poder ofrecer resistencia.

*

Todos los habitantes en aquel planeta procedentes de la Tierra, fueron informados que gracias al arrojo y constancia de un coronel astronauta y su tripulación terrícola, fueron descubiertos quienes se aprovechaban de sus sacrificios.

El comandante general Powell recibió con los brazos abiertos al coronel Simson y al capitán médico Mayllor y al presentarle a las muchachas que llevaban consigo, exclamó: —¡Contra...! Ya me explico vuestro empeño, muchachos... Yo hubiera hecho lo mismo por... ellas.

La documentación que llevó consigo Stephen, en la que había comprometida tanta gente, sirvió para la posterior detención de todos los individuos, y obligados, además de las penas impuestas, a abonar todo cuanto fraudulentamente se apropiaron.

El convenio se estableció entre el Gobierno de ambos planetas y según posteriores noticias que le mandó aquel hombre de extremidades cortas al que salvó su vida, su planeta iba prosperando y la raza iba mejorando hacia la normalidad entre los matrimonios de nativos y terrícolas.

En la intimidad, únicamente acompañados por «el Gruñón» y señora y los componentes de la tripulación del coronel, se celebraban dos bodas.

Las jóvenes y felices esposas, Shirley Simson y Glenda Mayllor, lucían unas preciosas joyas engastadas por ricas piedras, como regalo personal a sus respectivos maridos en agradecimiento a los servicios prestados a un planeta desconocido.

Únicamente el teniente Thomas Cooper sintió un poco de nostalgia por aquella desgraciada que se dejó vencer por la ambición.

FIN

[1] Están comprendidos como planetas superiores Marte, los asteroides, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.